

LITERATURA POPULAR MURCIANA.

LA LITERATURA PANOCHA.

LEYENDAS, CUENTOS, PEROLATAS Y SOFLAMAS

DE LA

HUERTA DE MURCIA,

Y

CAUSA FORMÁ AL EMPERAOR DE LA MORISMA;

POR

PEDRO DÍAZ CASSOU.

MADRID:

IMPRENTA DE FORTANET,
calle de la Libertad, núm. 29.

1895.

BIBLIOTECA REGIONAL



1600010

DMU
6997

LITERATURA POPULAR MURCIANA

LA LITERATURA PANOCHA

2467.073



LITERATURA POPULAR MURCIANA.

LA LITERATURA PANOCHA.

LEYENDAS, CUENTOS, PEROLATAS Y SOFLAMAS

DE LA

HUERTA DE MURCIA,

Y

CAUSA FORMÁ AL EMPERAOR DE LA MORISMA;

POR

PEDRO DÍAZ CASSOU.

MADRID:

IMPRENTA DE FORTANET,

calle de la Libertad, núm. 29.

—
1895.

PRÓLOGO.

Al escribir un prólogo para este pequeño libro, acude á mi memoria el triste recuerdo que palpita en las páginas siguientes: el de mi difunta madre.

Educada por las franciscas-verónicas de Murcia, pasó del apartamiento del claustro, al retiro, casi absoluto entonces, del murciano hogar; y esto, aunque no estorbó que tuviese crédito de perfecta casada y de plus-quamperfecta madre, impidió que lucieran, como merecian, sus dotes literarias. Con excelente gusto critico formado por la asidua lectura de nuestros ascéticos, á que se aficionó muy temprano, con una imaginación potente hasta lo sublime y candorosa hasta lo pueril, tan fácil de lengua como de pluma, mi madre hablaba mejor que un abogado (decía mi

padre) y escribió cartas, oraciones, elevaciones á Dios, y jaculatorias que no desmerecen, comparadas, de las buenas de Santa Teresa de Jesús.

¿Era contradictorio que, con tan excelente preparación y tan depurado gusto, fuera gran entusiasta, mi madre, de nuestra literatura popular; que es, si alguna tenemos los murcianos, nuestra literatura panocha?... No puedo contestar la pregunta, porque yo, que heredé este entusiasmo, lo he acrecido hasta el punto de aficionarme á escribir la literatura oral de nuestros últimos panochos, no satisfecho con el recreo, puramente pasivo, que me procuraba leyendo bandos, soflamas, y perolatas, coleccionados y guardados por mi madre en su guardaropas de la salita ó en las arquillas de sus libros.

¡Los últimos panochos!... ya lo saben los murcianos — únicos lectores para los que publico este libro, porque son también los únicos que le encontrarán sabor — el panocho se va, aunque el huertano queda. Los que recorran el hermoso valle de tres leguas de largo, cuyo talweg marca el Segura; entre los millares de huertanos, vestidos hoy de

pantalones y blusas, cubiertos con sombreros hongos y calzados con botas, los domingos; apenas encontrarán algunos ejemplares rezagados del tipo que se pierde, de aquel panocho con alpargates y calcetas, amplio zaragüelle blanco ó calzón ajustado á la rodilla, faja roja encendida como el fondo de la manta, chaqueta de cuello recto y tiro corto para que no cubra la faja, y de delanteros estrechos para que luzca el jubón arrugado por el peso de la colgante botonadura é plata; de aquel panocho en cuya cabeza, como simbolo de las dos civilizaciones que habian concurrido á formar el tipo, sobre el pañuelo liado que recuerda el turbante, iba bien la monteriquia, transformación ventajosa de la caperuza castellana.

¿Y las mujeres?... ¡Tipos de la tierra mia! dije, una vez, señalando á un artista ilustre, cuadritos de Picolo.—Si, ya se ve, contestó, esta es la huertana rica, claro; y esta, su criada.—¡Ah, no! esa es la huertana antigua, la panocha; esta, la huertana de hoy... ¡Qué diferencia! Aquella, con su moño de picaporte, sus grandes rizos á la cara, su collar de aljófar ó de corales y sus vistosas arracadas pen-

dientes casi hasta el cuello;... aquella, destellando color de su traje ordinario, en que combinaba los tonos más vivos, y destellando luz de su traje de fiesta: bordado pañuelo que cubre apenas los hombros, bajo del que asoma, terminada en encajes, breve manga de camisa que deja el brazo desnudo; armador alto, bordado, que apenas basta á sostener el opulento pecho; zagalejo en que el bordado se desborda, y cada lentejuela apenas halla sitio, zagalejo breve que permita ver y no estorbe el movimiento del pie incansable en malagueñas y parrandas; pie calzado apenas por zapato de cara corta, cuajada de lentejuela y de falsa pedrería... ¡Ah! bien decía mi amigo, aquella huertana de entonces, que evoca los recuerdos del harem, no parece sino la señora de la huertana de hoy, vestida con blusa y zagalejo de percal obscuro, que haga extrañiquio, peinada con rodete, calzada por gran lujo, en fiestas y solemnidades, con botillos de charol nominal y de efectivo hule.

¡Las costumbres!... aquellas costumbres típicas, formadas durante siglos de aislamiento en los que fermentaron las creencias y las supersticiones de dos razas, y se com-

binaron los usos de árabes, berberiscos, catalanes, aragoneses y castellanos...

¡El lenguaje!... aquel habla que abreviaron tantas elisiones y suavizaron tantas subrogaciones, llena de color y de expresión, en el hombre; poética, lánguida, voluptuosa en la mujer joven, en cuya boca las ll y las ch eran sonidos deliciosos, caricias del oído que producían indefinibles sensaciones...

Hombres, mujeres, costumbres, habla de nuestra antigua huerta... lo que no ha pasado del todo, está concluyendo de pasar. En los primeros años del siglo XIX, casi todos los huertanos eran panochos; en los últimos, difícilmente se hallan ejemplares del tipo, que los etnólogos de la vigésima centuria habrán de estudiar en los cuadros y en libros como el presente.

Y hé aquí la excusa de una publicación, que tiene también otras. En ratos de agotamiento intelectual—mi profesión cansa mucho—cuando el entendimiento fatigado se negaba á más labor; en otros, cuando, como á quien hace vida tan retirada y sola, no me quedaba otros recursos contra mis crónicas tristezas que el pensamiento y la pluma; he dado

suelta á la última para que aquel no se la tomara, y, sin advertirlo casi, he construido á pedazos la obra de este libro. Si conozco que agrada, lo haré seguir del cancionero panocho, que tengo en cuartillas, y de un vocabulario, cuyas papeletas me abruma, ya, por su número.



LEYENDAS



I.

De como frabicarón l'azú de Murcia, los moros.

AUNOS cinco kilómetros, valle arriba, de la ciudad de Murcia, está situada la presa que deriva las aguas del Segura para regar á derecha é izquierda, y en una extensión de doce mil hectáreas, la hermosa huerta que abarca terrenos de los términos municipales de Murcia, Alcantarilla y Beniel y algunos del de Orihuela. La presa tiene dos partes: la *parada*, dique de 200 m. de largo por 40 de ancho, revestido de sillares, que corta el lecho del río y eleva sus aguas 7,60 m. para que las tomen las acequias mayores de Alquibla y Aljufía, situadas á derecha é izquierda; y la *contraparada*, que es una estrecha tajadura y conducto abierto en la roca que forma el margen del río, entre la parada y la toma de Aljufía, cuyo objeto primitivo debió ser el de apartar la corriente de su cauce natural, mientras se construía el dique, al que, hoy, sirve de *aliviadero*. Algún arqueólogo ha creído ver, en la gran presa de Murcia, obra de romanos; la tradición, que está más en lo cierto, la atribuye á los moros, y el pueblo, ese gran poeta anónimo, ha embellecido la tradición, cristalizando sobre ella, como va á ver el lector en el relato siguiente:

Antañazo, cuando los moros é la morisma se pusieron á frabicar l'azú é la contrapará, s'arre-

juntó un troper de gente, mu grande, en las dos costeras der río, que paecían moscas. Unos s'arremangaban los saragüelles y se metían entro er río á clavar estacas, y otros tanimientras les arrimaban peñas. Pos señor, que tó iba bien ar comienzo, pero ¡caballeros! cuando ayegaron los hombres ar comedio er río, al clavar una estaca... ¡pum!... abajo, y Dios t'aya perdonao!... echaban una peña y... ¡como si juea un paper de fumar!... ¡pum! y abajo. Y á tó esto, la obra pará y los moros esesperaos, había allí ombre que se c... en er zancarron é su Mahoma, y ya ecían argunos, «¡caballeros »lo que no pué ser, no pué ser!...» cuando se arremanejó pó allí un viejeciquio que naide lo había visto en jamás é los jamases, y le ijo á los é la presa: «¡seis unos alimaes empinaos! ¿no sabeis »que l' agua es una tonta, q'ande la llaman bá? »pus ¡aquí l'estrucia! ¿teneis mas q'acer una cortaura en la peña, pó aquí mesmo (señalando ande »está el sangraor de la Contrapará) y os sorbéis »er río por una cieca del ancho d' un zaragüelle?... y los moros miraban ar viejecico aquer, y denguno lo reconoía; pero lo miraron q'estaba arrugao der tanto saber, y dijeron tós: «pus tié razón este »agüelo» y se pusieron á hacer la cortaura q'abia dicho aquer tío cutimañas; y tan presto jué arrematá que, en un Jesús, er río se queó en seco, y se vido lo que ojos no berán, que jué que los zagales jueron á jugar ar caliche en comedio er río, y... asina se hizo l'azú é la contrapará... Pos señor en siguiá que s'arremató la obra, jueron las maeres mias, porque er río l'avía tomao er busto á ejarse caer por la cortaura é la contrapará, y paecía

como si abora ijera: «vusotros l'abeis querío, y yo no estoy aquí p'acer siempre buestro busto.» Y con aquella eficurtá, s'arrejuntaron otra bes más moros que moscas, y escomenzaron á tirar en la cortaura muncha broza y... ná!, y haces d'arcabazas y... ná!, y sabenas é perfolla y... ná!, y sarrias é paja y... ná!... porque er rio, bamos ar decir, es como los hombres, que no saben la juerza que tienen dasta q'se ben repretaos. Y los moros estaban que paecían é yesca, y argunos se c... otra bes en er zancarrón, y otros ecían pégando boces: «caballeros esto no tié »apaño, ¡nos hemos luzío! aquí no quea más q'acer »que ca uno á su casa y no icir denguno lo q'aquí á »pasao, que no á sío denguna dibirsión, que quien »s'a divirtió es er viejeciquio...» y no jué más presto nombrao, q'er viejeciquio mesmo s'arremaneció allí sin que naide lo esfisara antes, que paecía besibilo. Y lo mesmo jué bello que tirarse á er tós, pa inchalle la geta á guantás, y á rempujones tirallo al agua, pero er tío aquer no s'encorbilló, porque era mu despabilao, y como si tar cosa pega una bos iciendo: «¡que curpa tengo é que seais »unas bestias bestías! ¿no abeis bisto que lo q'está »pasando es enchizo? pus lo qu'es tanimientras que »no echeis ahí, ¡ollirlo bien alarbes! una virgen é »los cristianos, la mesma maere é su Jesús, ya »podéis estar tirando, q'es tó como si tirarais una »perfolla é panizo...» Tu q'as dicho? n'abia cerrao la boca aquer tío coscón, y ya habían trayío los más adeterminaos, robá una virgen de ande pudieon echalle mano y l'abían echao ar conduto é la Contrapará po ande s'iba er río... ¡Lo que pasó entonces caballeros! ¡lo que pasó en siguiá que

tiraron la virgen al agua!... pus pasó que ande cayó la estauta santísima se queó en seco, poique, como er río trae toas las pudres d'Archena, no podía er Señor consintir q'el agua aquella mojara á su debina maere, que jué pura antes der parto, en er parto y dempués der parto (1), el agua s'echó p'atrás, y s'arremolinó, y corrió p'arriba en bes é correr p'abajo, y tomó biaje otra bes por ande l'abía tenío siempre, y ar yegar é l'azú nueva, sartó por encima, y asina que sartó escomenzaron á echar relinchos los moros, y á ecir «¡jamalajá!, ¡jamalajá!» bien ecía er biejo!; pero er biejo s'abia espareció!... y aquí entra la moraleja: que er biejo aquel era er demonio malo, que quiso tener un rato de dibirsión en ber como el río se allebaba la virgen, poique la tie muncha tirria; pero jué ar revés, que jué la virgen la que se riyó der demonio, y asina á é ser por los sigros é los sigros. Amén.

(1) Inútil hacer aclaración sobre este punto. Hasta los pocos lectores extranjeros de esta obra, saben que los baños de Archena tienen virtud prodigiosa para la curación de la *sífilis*, y que afluyen y se mezclan, con las del río, las aguas de estos baños.





II.

*Poique, en la güerta é Murcia, un puebro
se llama der Javalí.*



o uno, sino dos pueblos de la huerta de Murcia llevan este nombre. Formóse el último, esto es el *Javalí Nuevo*, junto al *Javalí Viejo* del que tomó nombre; y á éste, se lo había dado, siglos antes, la acequia que en la actualidad se llama de *Churra la Nueva* y que los moros llamaban *Chabali* (*Montés*) porque era la última del valle de Murcia, y la más próxima á los montes que lo cierran en dirección de Poniente á Levante.

Era que se era, y esos puebrechicos que icen e los Javalís no eran dos como ahora, ni tan siquiea uno, ni s' esfisaba por aquellos parages mas bibienda, qu' una casa d' un labraor de los antipasaos de los Fontes, que ya sabrán ostés que son los amos der puebro. Y cuentan qu' er tal labraor habia serbió ar Rey en los paises d'estranjis, y habia corrió muncho, y ar remate habia güerto á la tierra bastante maleao, tanto qu' ecian los paeres geronimos é la Ñora, qu' el hombre aquel era un tantiquio ereje, y s' abia desagenao de la dotrina de nuestra santa maere la igresia. Y manque igan

que los erejes se ban queando echos una pajuela, ¡caballeros, eso no es berdá! y eso debe ser si la presona tié busano, porque la berdá es qu' aquer hombre rebentaba de salú, y tenia más juerza qu' un par de bacas, y cá bes bibía mas lleno d' arbullo, y mas desapartao de Dios, y mas descudiao de qu' ay infierno. Pero ¡caballeros!... ¡no semos ná! hoy presonas, mañana feguras; un dia al hombre aquer le dio un dolorciquio, y dijo: *pua ser que sea flato*; alluego impues l' arrepretó, y dicen que ijo: *¡este es dolor entripao!*; antes que juera é noche enbió por el barbero é la Ñora, que era mu entendio, y ensiguía que l' echó el ojo er barbero, icen que le preguntó:—*¿Fulano, me conoces?*—que no es güena señal la preguntiquia; y alluego, en un regorver de caeza, le ijo á unos vecinos, er barbero: *lo qu' es como le güerba á dar el dolorciquio que cuente que son dichas, y á mi que no me llamen*. Y en comedio é la noche ¡tras! ¡tras! porrazos á la bentana der maestro barbero: *¡que benga osté, que el enfermo se muere!* pero er maestro barbero gorbiéndose del otro lao, (lo cual que la gente se lo criticó muncho) icen que ijo: *hacersus cuenta que no boy, que la cencia á hecho ya sus dimposibles, y aquí no quea más que l' echen los cristos encima á ese probe; y yo ya lo igo, que alluego no me bengan á mi con responsalidaes*.—Y an de saber ostés caballeros, que, po aquellos tiempos, habia en er conbento é los geronimos é la Ñora, un paere Basilio qu' era un hombre de bien (mejorando lo presente) güeno dasta er güeso, que, como ijo el otro, siempre ay un arma güena; que si no, ya ubiera ejao Dios er mundo é su mano, y la comunión é

los santos no s' a d' arrematar nunca, que ya lo ijo Noe y los otros santos paeres; y ¡tras! ¡tras! en er convento: *¡que l' abisen ar Pae Basilio, qu' ay un enfermo que se bá por la posta!*; y en menos que canta un gallo, er Pae Basilio en marcha, qu' iria iciendo er ¡probe: *duriquio es el endeviduo, pero á otros mas duriquios é enbiao yo al otro barrio con un güen pasaporte*. Y aquí cayo, aquí m' alebanto, por sendas y cornijales y echando po en medio ande n' abia trocha, er paere iba á su mester por la rauta mas corta, con una noche ¡qué noche! escura como boca é lobo, y con uu bentarron que se llevaba las moreas. Y anda que te anda, pasó qu' ar llegar el paere po aquellos parages ande estaba la casa del ombre aquer que se moría, arrepretó la bentarrera con un zurrio que no l' allegaba la camisa ar cuerpo ar mas baliente, y una é cantar lechuzas en lo alto é los pinos, toas á un son, y mochuelos haciendo *¡mau!*, y de pronto un rugio esesperao que sobrepasaba á tos aquellos ruios é la noche... y miró er pae Basilio y bido qu' abia allegao, y qu' en la puerta é la casa s' abia atrabesao uu alimalucho, asi á moa é jabalí sirvestre, que tenia clabaos en er paere unos ojos que paecian dos brasas, y abria y cerraba una boca que le paeció esmasiao grande ar pae Basilio, con unos cormillos que le paecieron tamien un tantiquio mas afilaos de lo que s' abia mester pa que el alimal troceara su comia, y un abrir y cerrar aquella boca, y un recrujiero en aquellos dientes, con unas mirás entincionás que... ¡bamos! ¡ar fin semos ombres! er pae Basilio dijo: *lo que es poaqui no pasa este fraire*; y se queó encorbillao sin tirar la

pata azaga ni alante, y una ruilla le pegaba en la otra, de la temblorina que l' entró;... y no paró aquí la cosa, qu' el alimal abajó la trompa pa dar una embestia, pegó un bufío y arrancó erecho pa er fraire, y er fraire ¡piés pa que os quiero! s' arregangó los hábitos y echó á correr, y si no s' enrrea en una mata é corrigüela y pega un barquinazo, entabia está corriendo, sin arrearar el ombre qu' aquello el alimal abia sio una faicion, y que naide se l' echaba encima. Y entonces s' alebantó er paere argo condolio, y echó sus cuentas de si se gorbia ar conbento ó no se gorbía, y alluego, impues é consurtarlo el ombre con su concencia y dalle muchas güertas, s' adeterminó á gorver al enfermo, y gorbia el güen ombre haciéndose la cuenta: *pus señór, el alimalucho está en la puerta elantera é la casa, voy por la zaguera, y en un tris m' é colao, y alluego ya beré yo po ande sargo*. Y lo hizo como l' abia pensao, tomó la guerta é la casa, erecho ar postigo, y ¡caballeros qué cosas! en la puerta er postigo er jabalí con sus dientes y tó, y echándole unas mirás ar fraire qu' ician: *¡que t' abias figurao!* Pero el pae Basilio no se queó esta bes encorbillao, dijo: *¿aquí estas?*, y echó á correr pa tomalle la guerta al alimal por la puerta elante, y confiao en qu' estaba en la é etras, cuando güerve la esquina y... ¡en la puerta é elante, er jabalí! Pos entonces icen qué ijo er paere: *si está aquí y está allí y, está en tós puestos pa que no entre yo á dalle los uxilios á ese empecatao, ya se yo qu' es esto, y lo qu' ay qu' acer aquí*. Y er pae Basilio s' apartó á un lao, se gorbió d' espaldas, s' arregangó los abitos y sacó un guisopiquio d' agua ben-

dita, que no se lo ejaba el ombre cuando salia der conbento incia la media noche, poique no s' abia pubricao aun la bula é la Santa Cruzá, y andaba mu suerto el enemigo. Y asina que se metió escondió er guisopiquio entro é la manga, ijo er paere: *¡aquí te quieo escopeta!* y se jué erecho pa er jabalís, y er jabalís escomenzó otra bes la pantomima é los bufíos y er recrujir é los dientes, pero er paere, templao que templao, erecho pa er, y aprebenío er guisopo, y, en puesto d' embestille, el jabalís á cejar, y er fraire p' alante, y el alimal p' atrás, dasta que se bido arrecujonao contra la puerta, y entonces ijo er paere: *asina te queria yo, que no t' escapes;* y ¡paf! un guisopazo, y el alimal un berrío; y otro guisopazo, y otro berrío (y era que no l' abia tocao ninguna gota d' agua bendita); y er pae Basilio, esesperao que bido qu' er guisopo s' abia queao sin agua, se tira al alimal y le mete er guisopo entro é la boca, que la tenia abierta pa tragarse ar paere, y... se coló el paere entro é la casa.

.
Y ar salí er sol al otro día, er pae Basilio que salia é la casa, y ar mesmo tiempo por la chimenea salía una palomiquia blanca, que se remontó, se remontó... dista que no se bido: era el arma der defunto muerto, que, pa sarvarla el Pae Basilio, tubo que pelear con el demonio en forma é jabalís, (amen Jesús y el Señor nos libre). Aquella casiquia ijeron «ande pasó lo er jabalís» y alluego «der Jabalís» á secas; y cuando se izo un puebro, se siguió llamando der Jabalís; y ande pasó la cosa jue en er Jabalís biejo, qu' entonces era casi tó un pinar. Y colorin colorao.»



III.

*Como la Virgen der Carmen se portó
con la Molineriquia.*

En tiempos qu' abemos ejao mu ezaga, los molinos é las binticuatro piedras ni tenian binticuatro piedras, ni eran tós molinos, y abía entrellos un batán de paños y balletas, y er maestro batanero era ombre de mucho súpito, con un geniazo qu' er mesmo no se podia sufrir, mayormente dende qu' á poco de casao, se esapartó de con la mujer por carcabularios de la gente que, ¡bamos!, ande les paece ponen er ramo, y que lo bendan que no lo bendan; y dieron en icir ¡de Dios ijeron!, si la mujer abía tenío ó n' abía tenío con otro, y si abía sío ó n' abia sío antes é casarse. Juera lo que juera que la gente habla mucho, y la berdá Dios la sabe, aquella probe, ende que s' esapartó d' ella su marío, estaba arrecogía en Aljucer, de ande era, ezaga é Pepe el Aprendís, y er marío se queó en su batán, y una zagaliquia qu' abian tenío en er tiempo qu'

abian estao juntos, se crió en er conbento é las Berónicas; y como er tiempo buela sin alas, sin sintillo, pasaron quince años com' un día, y er maestro batanero jué por la zagala á las berónicas, que ya estaba criá, pa que lo sirbiera; y manque la zagala quería quearse con las monjas pa ser una é tantas, er maestro ijo que nones, que su hija, por hija é su maere, no podía ser que le tirara la inclinación á monjío denguno que no juera de tres ú mas en celda, y qu' er se la llebaba; y no hubo mas nobedá que se la llebó y la puso en puesto d' una moza que teniba, y bibió solo con la zagala y con sus pesambres, y sin mas salías que pa ir en cá er *Soleta*, qu' era una taberna qu' abía allí cuatro pasos; porque con la solitú l' abia tomao er busto á empinalla, er maestro batanero. Y la monjiquia era como un sor, y güena dasta er tuétano, y lo mesmo serbía pa un barrió qu' pa un fregao, y tan prestó le daba una güerta ar puchero como á las piezas é los paños; pero la probe no s' abía criaio en aquello, y le benía tó cuesta arriba, y s' aflegía en ber cómo andaban su paere y su maere, y s' iba queando, aquer ángel de Dios, escuchimizá y de la color de las pajuelas. Y pasaban los días, y las semanas, y los meses, en aquer consumimiento, cuando quiso Dios qu' una tarde qu' er maestro batanero estaba... ¿ande estás Juana?... ande siempre, en la taberna... llegó ar batán mu apresurá, y asina como é matute, una muger con cesta, y miró á tós puestos, y cuando vido que la zagala estaba sólida, y no abía cudiao po er maestro, le sortó este recaio sin encomendallo á Dios ni á Santa María.

—Zagala, tu maere, s' está muriendo y quié berte...

Y no ijo mas poique medio s' insurtó la criatura, y la bido que perdía la color.

—¡Ay Dios míol!... yo boy á ecirselo á mi paere...

—¡Y yo á asperarte!... ¡con qu' á tu paere?... y que m' aguarde yó pa que er biejo borrachó me pille aquí y m' estrocee...! ¡bamos!... queate con Dios, zagala.

—Pero...

—Mia, zagala, ijo la muger cruzándose er pañuelo, éjame á mí é quinciones que yo ya é cumplío y me guerbo... ¡que sabe Dios como estará aquella probe qu' es como si no tubiea á naide en er mundo... y ¡tié una hija!... criar cuerbos, como icía el otro...

—Pero, si mi paere...

—Miá, si biés, echa etrás; y si no biés, güenas tardes y... que Dios premie la caridá!... Miren con los repurgos é la monjiquia... y ¡su maere que s' está muriendol...

Y la mujer echó á andar, y la zagala er Maestro batanero se queó llorando y biendo po ande s' iba, y cuando bido que n' abia mas remedio que s' iba, echó á correr pa pillalla, y cuando pasó po elante er Carmen no hizo mas que s' arruilló en un ecir Jesús y le ijo á la Virgen, con mucho aquel:

—¡Maere mía! m' e ejao la puerta abierta y tó por medio, y me boy sin ecille ná á mi paere... ¡Maere mía, no me farteis!... y que yo no farte! Y siguió consolá con aquél encargo que l' abía echo á la Virgen... bido á su maere, que con er busto tan grande se sintió alibiá; y en berla alibiá, se les

jué er tiempo, sin sintillo, á la maere y á la hija; y se hizo escuro.

—Ay Dios mio, que dirá mi paere!... sartó la probe zagala, y apretó á correr pensando que su paere la iba á trocear en siguiá que l' echara el ojo; y cuando allegó ar batán, un resuello no l' arcanzaba á otro, y se tubo que poner la mano porque se le salía er corazón der pecho, y no s' atrebió á llamar, y s' arrimó mu espacio á la puerta qu' estaba entorná y salía lus... y ¡caballeros! entonces jué er susto... ¡y ná ni cosa en gracia é Dios!...; er paere hablaba con ella y l' ecía:

—Zagala ¿es que no cenas?... pos lo qu' es er guisao denguna noche ha estao como esta noche... esto es comer grorial...

Y la zagala pegó más la cara á la rendija é la puerta, pa ber con quien hablaba su paere, y ¡aquí entra lo güeno! bido qu' era con ella, ella, que estaba juera é la casa, se bido aentro; ella, qu' estaba ascuchando en la rendija é la puerta, se bido sentá en la mesa cen su paere; y bello, y ber que s' abría la puerta sin hacer ruio, tó jué uno; y que salía una señora mu hermosissima, y ar pasar l'ecia.

—Yo é estao en tu puesto, pero no güerbas á salir sin que se lo igas á tu paere.

Y entonces conoció la zagala qu' aquella Señora era la Virgen, y

—¡Paere! gritó, ha cenao osté con la Virgen!... yo no estaba aquí, yo estaba con mi maere qu' está mu malica,... yo entro abora paere.

Y er paere y la hija miraron á toas partes, y á naide bieron; qu' aquello no era presona, qu' era

la Virgen y s' abía espareció, ejando una olor mu rica, asina que no jué mester... y er paere y la hija s' incaron de ruillas y abrazaos, gritando:

—Milagro!... milagro!...

Y alluego la hija s' alebantó y cogió á su paere de la mano, y le ijo ná mas qu' estas palabriquias:

—Benga oste, paere.

Y sin mas ecir, á aquella hora se lo allebó á Arjucer, ande estaba su maere que n' abía bisto á su mario catorce años, y puso la mano de su maere en la é su paere, y jué como si otra bes los casaran, y... denguno ijo ná, y... tos los tres lloraron.

.

Y al otro dia, en er batán habia maestra, y á los pocos dias entraba una monjiquia mas en er convento é las berónicas, y er maestro batanero no gorbió mas por cá er Soleta, y no igo colorin colorao poique no es cuento, qu' es un sucedió (1).

(1) Mi madre contaba esta leyenda de otro modo; pero yo he creído mejor seguir la variante de que fué autor, según creo, el carmelita murciano Padre Pellicer. No es ciertamente original este asunto, en que la Virgen suple la falta de una devota suya que se ausenta; y sin detallar las veces que ha ocupado extranjeras plumas, y concretándonos á España, lo vemos cantado por Gonzalo de Berceo y Alfonso X, y novelado por Avellaneda en el falso D. Quijote y por los escritores del reino de Murcia, Lozano y Laguna. Encuentro más delicada la leyenda murciana, en que la Virgen no cubre liviandades. También la encuentro más bella: es quizás que, al recordarla, recuerdo los tiempos, siempre gratos, de mi juventud, en los que la oí contar á una hermosa narradora.



IV.

*Er castillo de Montagü y er tesoro
qu' tie encantao.*

FIJA la atención y suspende la mirada del viajero que atraviesa la cordillera de Carrascoy, cruzándola por ese puerto de la *Asomada de Murcia*, que desde hace cuatro siglos se empezó á llamar *de la Cadena*, un elevado monte cónico, de terrenos terciarios en su falda y volcánicos en su cima: es el *Morrón del Puerto*, probablemente el *Chabal Hemad* de los islamitas murcianos, quizás el *Tucca* de aquellas tribus ibéricas bastetanas y contestanas que, en remotas edades, pulularon tierra adentro de la costa donde después alzóse *Teucria*, madre de *Cartago Nova* y abuela de *Cartagena*. A la parte opuesta del valle de Murcia, dominando la serie de montañuelas que lo limitan por NE. como el Carrascoy por SO., hay otro monte de forma más marcadamente cónica que el *Morrón*, á la cual debe el nombre de *Monte Agudo*, traducción del de *Mon's Acutus* ó *Monte Acuto* que le dieron los hispano-latinos, y que estropearon los árabes en la palabra *Montacut*.

Sobre el *Morrón*, como sobre el *Monteagudo*, la vista de menos alcance puede divisar muros en pie todavía, aunque rebajados y ruinosos; son restos de dos grandes castillos complementados por fortines inmediatos, que, con los

otros castillos menos importantes de *Alchezzar* (sobre el actual monasterio de Santa Catalina del Monte) y de *Ta-bala*, con las torres de *Benimongit* y *Borgnahri* (Busnegra) situadas en los extremos del valle, y con las atalayas en todas las alturas junto á todas las gargantas que daban acceso á aquel, constituyeron un vasto recinto militar en que encerróse Murcia durante el último período de la dominación árabe y el primero de la de los castellanos, desde la caída del imperio de Córdoba hasta la fusión de las coronas de Aragón y de Castilla y la toma de Granada.

La tradición popular dice que todos estos castillos son de moros, verdad es que, por efecto de un instinto de gratitud, los españoles del Mediodía atribuyen á sus antepasados los árabes todo aquello cuyo origen desconocen; la poesía popular ha inventado varias leyendas para cada uno de los dos castillos principales, el del Morrón y el del Monteagudo, y de ellas inserto dos, las genuinamente *panocbas* de Murcia. Pasan las generaciones de los modernos murcianos sin que planta de pie holle aquellas alturas en cierto modo sagradas, y sin que mano de historiador sacuda el polvo del olvido bajo el que desaparecieron la tradición y la historia de montes y de castillos. Abandonóse estos desde que cesaron, juntos, el peligro y la necesidad de enriscarse para defenderse; las aves del cielo y los reptiles ocupan las que fueron moradas del hombre, y la intemperie y las lluvias destruyen grano á grano los restos durísimos de aquellos poderosos muros, entre cuyas ruinas duerme perdurable sueño de olvido, el genio de las pasadas edades; el monte sigue el mismo, el mismo sol le dora y la misma luna le platea; la obra de Dios permanece, muchos años después que la obra de los hombres ha muerto de la doble muerte de la destrucción y del olvido.

Pus señor, qu'en una ocasión, y no ba é cuento, qu'a uno der cabezo é Churra qu'estaba sirbiendo ar rey, lo cautibaron los moros é la morisma del Africa. Y an de saber ostés, caballeros, que cuentan y no arrematan desos encebilizaos, bamos, que se ponen los pelos é punta en sentir que se comen

las presonas crúas mejor que guisás... y ¿saben ostés lo que comen los mas delicaos?... pus las hacen á las presonas picaillo pa donganiza ú pa arbondiguillas... ¡habrá alarbes!... y lo mas güeno qu'allí le pué pasar á cuasiquier hombre es que lo bean que no tié molas, que entonces no lo egüeyan pa comérsele, que lo ponen uncío á que labre con un güey y tabía peor, con un burro, y en no sacando que no saque bien los cornijales ó balla argo esmayao en er tiro, ú l'arriman un güen punchazo con la llamaera, ú le suertan un crujío que lo doblan al infelís, y lo ejan encorbillao pa una temporá.

Y asina estaba er de Churra un día, haciendo yunta con un burriquo mu biejo y mu matao, cuando, una bes, ar sentalle er gañan la bara en una regüerta, se la ejó tan sentá, que no pudo callarse er probe, y sortando un quejío del arma.

—¡Castillo é Montagú de mi bida! dijo er Perete, cuando t'esfisarán mis ojos?...

Y jué er dicillo en tan güena ocasión, qu'un moro prencipal que pasaba po'una berea, allí junto, en sentir que sintió aquellas despresiones, tiró de las frias der bocao, y paró er caballo y

—Qu'as icho é Montacut, perro? le preguntó ar Perete. Esto é llamalle á uno perro, es lo mas rigular que le icen á un cristiano aquellos mo-jamas.

—Na, señor, repuso to asustao er Perete, que ar que le duele se queja, y como yo soy de Churra qu'está incia Montagú...

—Montacút, castello de Mursiá en Esbania.

—No, señor, y anqu'osté esimule, Montagú castillo de Murcia en España, qu'así se prenun-

cia;... pero er castillo á de saber osté qu'está erribao una senfinitú.

— A ber, dijo er moro á una pasmarota é gente que con er traiba: que esunzan á ese perro, quiera su amo ú no quiera, y echallo elante.

Y así jué; y en llegando que allegaron á la casa del moro aquer, echaron ar Perete ar corral, y le dieron que comiera y bebiera dista tocárselo con er deo, y empués se durmió er probe, y sabe Dios cuantas horas llebaría é sueño, cuando sintió que lo espertaban de una patá en sarva sea la parte, y era su amo nuebo que le preguntaba:

— Oye, muchacho, y á tí como te icen?... esto en su jamalajá, que ya lo entendía Perete, manque han de saber ostés, caballeros, que no hay lengua mas clara que la q'ablamos aquí en la güerta e Murcia, qu'ar pan le icimos pan, y ar bino bino, y al amasijo e panizo le llamamos *bollo*, y cuando no es tó panizo le llamamos *pan de rigüerto*...

— Pus á mí me icen en mi tierra Peretiquio er der tio Perete Zambullo, er de Churra, pa sirbir á Dios y á osté y ar prójimo, dijo Perete que estaba mu bien crio.

— Pus Peretiquio er der tio Perete er de Churra, t'e llamao pa icirte que si tú eres ombre de bien y agraecío, y aces lo que yo te mande, as hecho tu suerte dinde abora mesmo, porque te boy á dar la libertá insolutis.

Peretiquio ar pronto jué á pegar un repullo de l'alegría que le corrió po el cuerpo, pero se paró un poco y no ijo mas que:

— ¡Puá ser! que es lo que, en un paso como este, juera dicho tó ombre que se pare una miaja.

—Mas ago yo, siguió iciendo er moro, qu'es darte pa qu'en allegando qu'allegues á tu tierra, compres un güen par de bacas pa tu paere, y una yegua pa tí, pa que la eches de fantesioso los domingos.

Perete en cuanto que le mentaron á su paere, s'acordó der probetiquio biejo y de la probe bieja é su maere, y de la *Hermosa* y la *Dorá*, qu'asina se llamaban las bacas é su paere que eran mu biejas, y dista s'acordó der perro que l'ecian er *Pichile*; en fin que s'acordó de tós, y como era güeno dasta er güeso, repuso:

—Mie osté, mi amo, lo qu'es eso si osté m'ace güeno un par de bacas, manque no sean de las der ojo negro, sab'osté?... de la casta d'Almeria, pué osté quearse con la yegua pa remediar á otro probe; que se lo ice á osté un ombre qu'en su casta den-
guno ha tenío gomia en jamás y tós an tenío pró-
jimo... pero saboste lo que ice este pájaro...

Y na mas ijo er Perete que escomenzó á ras-
carse porque no podía espotricarse bien er probe.

—Desplícate, alimal.

—Pus mioste, me boy á desplicar manque tenga yo poca lletra menúa, qn'unque vestío é lana no es uno borrego, y ar fin y á la prepartía, yo m'en-
tiendo y bailo solo... y es lo que yo igo, si osté m'ubiera dicho, oye Perete, te voy á dar mas palos que pelos tiés, ó te voy á inchar la geta á guantás, ¡bamos! que lo creo á osté mas presto que la vista; pero que me dé osté la libertá insolutis y por añadiura las bacas... ¡bamos! qu'es lo que llo igo, náide da na por na si no es como los güenos dias, y no toas las beces... y aquí hay bosilis... es al decir, un ese... de un aquer... de la cosa... ¡bamos! ¿lo quié

osté más claro?... qu'este guisao tié moscas... y ya está icho tó.

Y er moro s'echó á reirse y alluego le ijo:

—Sabes Perete hijo de Perete que me paece que tú as deprendió mas que t'an enseñao?

—Los Zambullos, mi amo, dijo Peretiquio, con dinidá, an paeció siempre tontos de paeres á hijos, y lo qu'an sio siempre, es ombres mu de bien y de muncha bergüenza.

—Pus mira, Peretiquio, pa tu tranquilidad as de saber que lo que llo te doy es ná comparao con lo que tu bas á darme, si haces lo que yo te encomiende, asina que t'arremanejas en tu tierra y subas ar castillo de Montagú y agas allí lo que boy á ecirte en secreto. Arrímate y escucha.

Y aquer dia y otros dias platicaron los dos encerraos, y asina qu'er tio aquer qu'era enchicero tubo bien destruio ar Peretiquio, lo metió en un barco que benía p'acá; pero antes, como tenía güena ley er Peretiquio, le compró á su maere un pañuelo de sea crúa, y á su paere la mejor faja que bido, y á un zagal que teniba el amo é las tierras é su paere, un moniquia que no mordía y se tiraba unas borteretas que era una dibirsión... y boy á echar un cigarro y alluego sabrán osten lo mejor der caso.

Pos señor q'una madrugá q'ar tio Perete er de Churra lo tenían sin poer apegar los ojos una fatiga q'ar probe biejo se l'abía agarrao ar pecho, y unos olorciquios románticos q'abía cogío regando, sintió unos llatíos que pegaba er perro (que era mu

sentío) y lo que primero se l'ocurrió al hombre, jué:

—No hay mas nobedá que m'están robando las gallinas, y se tiró d'encima el arca ande dormía, dinde q'estaba echao á perder, y se salió mu con tiento por la puerta ezaga é la casa, pa ber q'era aquello; y bido... bido, caballeros, un hombre que l'abía echao un brazao é yerba á las bacas, y alluego s'abía asentao en er pisebrón, y l'estaba pasando la mano por los cuernos á la *Dorá*, tani-mientras que cantuseaba unas malagueñas der punto é l'abana... y por lo que mas se queó suspenso er tio Perete, jué en ber que las bacas no bufaban, y q'er *Pichile* tó era dar brincos y dalle á la cola.

—Por lo bisto debe é ser un conocio, ijo er tio Perete, y es d'agraecer que cudie mis alimaes, manque ende aquí y con la cortedá é la bista, no efise quien puá ser el hombre...

Y er perro pegó un sarto y se subió ar pisebrón, y la *Dorá* dijo *muu.!*... y er probe paere pensó q'así se ponía er perro con su hijo, porque er *Pichile* y Peretiquio eran mu amigos, y en pensar que pensó en su hijo, l'entró ar tio Perete una aflicción y una tos con gorpes de perruna, que no la púo esimular, y oir la tos y sartar er der pisebre iciendo:

—Paere!!! y sartar er paere iciendo:

—Peretiquio!!! y alluego...

—Pepela! Pepela!... ¡es er zagal! er zagal q'a beniol... q'a benio tu hijo, Pepela!

Y en un Jesús la tia Pepela, er tio Perete, Peretiquio y *Pichile* estaban tós hechos un montón, abrazaos sin poerse esapegar; y las bacas ejaron é

comer un si es no es asustás, que dirian ellas ¡pus, señor, san güerto locos tós!... y la luna, la misma luna á la que l'abía contaó sus penas la tia Pepela, cuando su zagal se lo llevaron á sirbir al rey, y cuando lo cutivaron los moros, salió po'un claro é los nublos como pa ecille:

—Bamos, Pepela! sea en güen hora y sea tó pa bien de tós.

.

¡Qué dia aquer, ca er tio Perete Zambullo er de Churra! Asina que s'arremaneció Dios po'er mundo, como la bos de la nobedá había corrió, dieron en benir (los que bibían allí junto los primeros) á dalle la bienbenía ar zagal, y en la conformiá q'iban biniendo, la tia Pepela que l'ecía á cá uno:

—Pero bé oşté, tio fulano, qué güen mozo bié mi zagal?... Pus miosté si él á benío, es porq'es de ley y se la tié á sus paeres, y muncha, que mejor estaba allí q'aquí.

—Y de qué estaba allí, tia Pepela.

—Pus qué se yo! de arguna cosa grande... de Marqués de Camacho de los moros, ó de argo mas tabía... ¿de q'estabas allí, hijo?

Y á Perete le daban ganas de icir ¡de burro, caballeros! tirando d'un arao; pero se callaba por no dar que sentir á su maere, q'estaba mu fantesiosa con su hijo.

—Pero lo q'es eso, siguiá iciendo la tia Pepela que paecía que s'abía isparao, ¡güeno es mi zagal!... y que no le tira su tierra en gracia é Dios!...

Y diciendo y haciendo, la tia Pepela había hecho

una güena sartená é gachasmigas ruleras, y les abía echao unos ñoriquios y dos sardinas espicazás, y cuando sacó la sartén ebajo é la parra, y echó un puñao é gucharas que paecian é cera (de nuebeciquias q'eran) entro é la sartén, er tio Perete le ijo á tó er mundo:

—Caballeros, á comer ce... bá...

Y tós los q'allí abía s'echaron á reir, y er que quiso comió, y er que comió, pa esantracar, y er que no comió por no hacer un feo, la berdá jué que empezó á correr un porrón de bino y no queó una gota.

Y aquella tarde s'arrejuntaron allí y ubo baile ebajo é la parra, con postizas pa q'acudiera quien tubiera boluntá, y cuando entrá la noche se jueron tós;

—Paere, dijo Peretiquio, gracisadios que nos habemos queao solos; tomosté, antes que venga arguien, los cuartos que trayo der moro, y démoste argunas moneas pa la faja.

Y como tenía güena crianza y sabía que degún hijo pué tener mas cuartos que los que le dá su paere, si es caso que se los dá, Peretiquio echó encima é la mesa una hermosura de moneas y alguna onza que traiba.

—¡Bamos!—le ijo su paere dándole un tabanazo, der cariño que l'entró, que n'as echo mala siega.

—Paere, compresosté lo q'osté quiera y emplee osté lo demás en alimales.

—Ya s'andaré, hijo, que lo primero sa mester pagalle al amo é las tierras, dos rentos que le debo y er que biene ya rempujando; y ya sabes lo q'ecía el agüeliquio: *Labraor, paga á tu amo y tú serás el*

amo, que tós an de bibir, el labraor de la tierra y el amo de la renta.

—Pus abora, paere, que ya no llebo este peso, me boy á una encomienda que trayo; no m'asperen ostés, ni pasen cudiao por mí en toa la noche.

—Hijo, sartó la tia Pepela, si es que bas en ca er tio Antón Ferisneás, te ice tu maere que no ties ya poique dir.

—Maere, respuso Peretiquio que se dió por entendio, si lo q'osté quie icirme es que la Faca s'a casao, que Dios l'haga bien casá y güen provecho le haga á su marío; pero no es ese mi biaje... démoste er canutiquio que le dí pa alzar esta mañana.

—¡Baya! lo que me distes pa que lo alzara... Perete, tu hijo ha trayío una pajuela der moro metía en un canutiquio... y qué peste echaba la condenál...

—Maere, gritó Peretiquio perdiendo la color de la cara ¡dígaste prestol... osté á encendió la pajuela... ande está la pajuela, maere?... bárgame Dios, maere, lo q'osté ha hechol

—Ná, hombre, ná... toma tu pajuela que no le falta mas que una puntiquia q'encendí esta mañana pa que s'emprendiera la lumbre é las gachas-migas.

—¡Maere! ya no tié compostura, pero me paece que m'a perdío osté... Paere, démoste los artes y un pellonciquio é llesca... y sea lo que Dios quiera!

Y Peretiquio se marchó mu acelerao, y poco impués subía el hombre como Dios le daba á

entender, y aquí cayo aquí levanto (porque la noche estaba mu escura) er repechiquio der castillo de Montagú, que de día cuesta trabajo subillo y de noche... no quio icir ná!

Y en allegando q'allegó á lo arto, era incia la media noche, y Perete s'asentó al amparo d'unas peñas; poi que n'abía yebao manta y corría un aireciquio sutil que s'encortaba tó er cuerpo, y á él se le caía cá gota e suor como abellanas.

Dió la primera campaná é las doce la torre é Santa María, y Perete se enderezó el ombre, miró en reor, echó una yesca y, ar sonar la úrtima campaná, la pajuela q'estaba emprendía y Perete que grita con toa su juerza:

—*¡Ya chie nun!*

¡Caballeros!... qué juerza la d'estas palabriquias, que er monte comenzó á temblar, y se oyó un terretremo como si juean munchas carretas escargando bolos de rambla!... y er monte se bido que comenzó á abrir grietas asina como benteauras, y por las benteauras s'ascuchaba salir unos chillíos mu raros, y Peretiquio muriéndose de mieu estubo tentao de tirar la pajuela y tirarse er también de cabeza p'abajar mas presto; pero el ombre tenía sus puntos, y como abía dáo su palabra, gritó otra bes, manque temblándole el abla:

—*¡Ya chie nun!*

Y tó jué p'arriba, er terretremo, los ruíos y los chillíos, y er monte s'atamboleó como si juá un borracho, y las grietas s'icieron un boquete á moa d'una sima, y salió pó allí mosquitos, muchos mosquitos, morciguillos y pájaros negros, tós como jumarea mu espesa, que subía mu arto... y alluego

s'arremolinaban... y alluego tomaban ráuta mu apresurá bolando sabe Dios p'ande... que tós aquellos eran encantaos que estaban allí en er riñón der monte guardando lo qu'enbiaban á buscar al Perete.

—*Ya chie nun*, gritó por tercera bes er zagal, mas muerto que bibo.

Y la sima aquella s'emprendió por aentro con una lus que no era de lus denguna, y s'oyó un gullir, ¡qué gullir! y se bido un subir, ¡qué subir! ¡virgen santísima!... ¡onzas peluconas!... ¡tumbagas finas!... ¡arracás de piedras güenas!... ¡botoanuras mejores que las e Goines!... tó regüerto... tó subiendo... como sube er chocolate en la chocolatera... subiendo que ya podía allegarse con la mano... cuando de pronto Peretiquio sintió que se quemaba los deos y tiró la pajuela sin saber lo q'acía, y tan presto jué el apagarse, que er monte se queó escuro como boca é lobo, la sima se cerró otra bes y no queó mas que un peaso qu'entabía puen ostés ber en lo arto er castillo, y er moro está esperando tabía que l' lleben los monises, y Peretiquio s'abajó más corrió q'una mona iciendo el ombre pá sus aentros:

—Si á mi maere no se l'ocurre atizar la lumbré con la pajuela, ni D. Andrés Pedreño tié que ver conmigo á estas horas... ¡cómo á é ser! ¡pacencial y bien mirao pá mi n' abia é ser ná... Ni m' ace farta; desnúo nací y bestío estoy... ¡bayal ¡bayal!... juera é penas, que de pena de no arcanzar ar pisebre se murió un burrucho del tio Palomares. . .

Y á esto q'avía allegao ar puebro y se tropezó con

unos amigos, zagales como él, que llevaban un timpliquio y le ijeron:

—Echa una copla, Perete; y Perete la echó.

No llames á la suerte
q'es mal mandá,
la estás llamando siempre
no bié en jamás.

Y es una loca
q'aquer que no la quiere
ese la logra.





V.

*Er castillo der Puerto y sus tesoros, y la
mora qu' abia encantá en la juenteciquia
de la piná é Tizón.*

OSTÉS saben la *piná é Tizón*, que icen también la *piná er Conde*, poique á la gente l' a gustao siempre tener en memoria á los güenos caballeros, y en jamás á los piojosos; y ostés saben que, junto ar carril de la entrá, hay una juenteciquia é sillería, que no corre; y osten, como cuasiquiea que suba er Puerto, l' habrán bisto que la juenteciquia tié su pilón, y tié su pitorro, y an de saber ostés que tié, tamién, su conduto pó ebajo é tierra; pa rematar que la fuente tié tós sus menesteres, poique man- que ahora no, en tiempos ha corrió, y si hoy no es lo que jué, es por un sucedío que ban ostés á saber aboa mesmo.

En una ocasión bajaba un tar Pepurro, qu' era é los Bartolones der Parmar, puerto é la Caena abajo; y era un día é la Asención, y traiba el ombre con su burra una carguiquia é leña, que la traiba pá

bendella y que guisara su maere en aquer día señalao—poique han de saber ostés que er Pepurro era un güen hijo, y tan cumplío de presona como d' acciones, que s' estaba queando mozo rezagao poique no le fartara ná á la vieja é su maere. Y aquer día é la Asención, hacía un caneo más que rigular, y por aquellas güertas y regüertas der puerto é la Caena, bajaba er probe Pepurro lleteando é sé, pensando ná más en cuando allegaría á la juenteciquia é la Piná, iciendo pa sus aentros:

—En allegando qu' allegue, me tiro ar pitorro y no suerto ni con ceniza, como si juá sangrijuela.

Y en allegando qu' allegó er Pepurro, en ber er chorriquo é la juenteciquia, se tiró una correntilla ejándose etrás la burra; y ¡hombre qué cosa!... ¡qué cosa!... en er memento qu' arrimaba la boca, er chorro que paraba, y la fuente y er pilón que se queaban secos; ¿ben ostés como están abora?... pos lo mesmo, lo mesmo: y en aquer memento sintió er Pepurro qu' estaban dando las doce en er reló de la Catreal de Murcia.

—Esto es cosa de enchicería, ijo er probe sin hablar, poique tenía seca la llengua, y apegá ar cielo é la boca.

Y tan presto como dió la úrtima campaná é las doce, qu' una bieja mú bieja, una pasiquia que tó era una arruga y paecía qu' había bailao en Belén, salió etrás d'un arbor de la entrá, con una jarriquia berde que se le metió por los ojos ar Pepurro, y se jué pa ér y, enseñándole una boca que no tenía un diente y temblándole muncho la bos,

—¿Quieres agua? le ijo:

Er zagal alargó la mano pa coger la jarriquia y

beber á cañete—poique manque probe tenía pulítica y sabía moos—pero la viejeciquia s' echó pá atrás, y le ijo:

—Pos antes m' has de dar un beso.

—¡Habrá bieja p..a! sortó er Pepurro, y jué á quitalle á la mujer su jarriquia; pero la vieja la rompió contra er suelo, al ber la mobición; y tan presto como jué romperse, jué esaparecer la biejeciquia, y sintirse er chorriquo é la fuente, y ber qu' er pilón estaba lleno como é costumbre.

—Este guisao tié moscas, ijo er Pepurro; pos lo qu' es d' esta agua no beberé yo; y siguió su camino, abrasao el hombre, dista que allegó á la Paloma, ande se bebió una jarra enteriquia.

Y en allegando qu' allegó ar Parmar, er Pepurro le contó lo que l'abía pasao ar Señor Cura, y er Señor Cura no le ijo más que:

—Oye Pepurro ¿t'abías parao muncho en er bentorrillo é la Virgen?...

Y como s' abía parao y... tó lo emás, er zagal s'abochornó, y se le caiba la cara é bergüenza cabes que se tropezaba ar Cura y este l'ecía:

—Oye Pepurro ¿sabes si corre ó no corre la fuente é la Piná?

Y al año justiquio, y cabarmente en er mesmismo día é la Asención, Pepurro, que subía puerto é la Caena arriba pa hacer una carguiquia é leña, que es lo que er probe iba iciendo: er leñao no tié día señalao, y si er día é fiesta no bá á la sierra, al otro día no come. Y si Pepurro subía er Puerto en comedio er día, á la hora en qu' están tos los leñaores de buerta, era poique había estao aquella mañana de boa, que s'abía casao su primo Facó er

Bolón, y habían estao er Pepurro y su maere, y es lo qu' iba isiendo er Pepurro, puerto arriba.

—¡Como tiraba la probetiquia é mi maere de lo qu' han sacao en la boa der Facol y yo tampoco lo he hecho mu mar: así me tira la sé qu' estoy lle-teando po allegar á la juenteciquia é la Piná.

Y en allegando qu' allegó, s' ejó caer de la burra er Pepurro, poique iba argo mareao, y se tiró ar chorro; y tan presto como sintió el frescor de l'agua en la boca que se paró er chorro, y arzó la cabeza y sintió á lejos que daban las doce en la catreal de Murcia; y no jué soná la úrtima campaná que salió la mesma viejeciquia é la jarra verde, que l'ecía:

—Si quiés agua, toma; pero dame un beso;

Y aquella bes er Pepurro, como iba argo trocao, le hizo gracia, y por bufoná repuso:

—Pero no á é ser más qu' uno?... una ocena te boy á dar...

Y se tiró á la viejeciquia, y cerró los ojos y le plantó un beso ande le pilló, y no le dió más poique le pasó una cosa rara por tó su cuerpo; y aina que se le pasó y abrió los ojos se bido con una mora á su lao más bonita qu' una peseta isabelina, con una bestimenta mu bordá, que l'ecía con una bos mu pegalosiquia:

—M'as desencantao! yo era la juenteciquia qu' estaba corriendo dista que biniera er qu' abía é esencantarme. Aboa mesmo bamos á subir ar castillo er Puerto, á esenterrar mis tesoros, y á irnos á mi reino ande m' están esperando sabe Dios cuantos sigros.

Y Pepurro, pasmao; hecho allí un arma é... cantaro.

—¡Bamos pronto! ecía la mora.

Y Pepurro, alli pasmao, sin saber lo que le pasaba al hombre.

Y la mora biendo que no se mobía, le metió la mano po etras, en comedio é la faja, y levantándolo pa arriba, gritó

—Arza picúa; pero Pepurro como si jua é plomo. Entonces le ijo la mora:

—Tu es que llevas rosario, quítatelo.

Y entonces jué cuando Pepurro bino á caer en lo que tó aquello queriba ecir, y como no podía hablar, der susto, no ijo más que

—Jesús, María y José!!

Y ecillo y ber un llampo que le pasó po elante é los ojos, y sentir como si con la maza é picar esparto l' hubiean pegao en er cocote, y caer ar suelo, tó jué uno.

.

La burra se gorbió sola á la casa, y en bella que la bió la maere der Pepurro, empezó á gritar qu' á su hijo l' abía pasao argo; y er Señor Cura cogió er bastón y tomó er camino Puerto arriba, poique quería ar Pepurro; y en encontrallo que lo encontró junto á la entrá é carril de lo é Tizón, le dió con er pié, poique estaba tendío con los brazos y las patas abiertos; y cuando á juerza é patás lo ispertó, le ijo er cura:

—Bamos hombre! ¡tú las tomas pocas pero güenas! ¿has santificao la fiesta?

Y er Pepurro no ijo ná, pero le señaló ar Señor Cura la juenteciquia que estaba en seco, y que no á güerto á correr ende entonces dista er día.



VI.

*Como s' hizo la Rueda á la Ñora y poi que
saca el asno er cuerpo.*

AGUAS arriba de Murcia, está el pago ó partido que, desde el siglo xv, se llamó de la Ñora y, antes, del *Tomillojo*: eran terrenos, los de este pago, á cuya altura no llegaban los riegos primitivos, por lo que Doña Mencía Ternates, viuda de Lope Pérez Dávalos, en el segundo cuarto del citado siglo, hizo construir la rueda ó añora que dió nombre al pueblecillo. Entre Doña Mencía y Doña Catalina Puig Marín ó Puxmarín, á quien alude la leyenda, corrió más de un siglo, y ella y los Gerónimos se encontraron la rueda funcionando. No podemos culpar de sus errores á la tradición, cuando la historia tiene tantos; y por otra parte, si los Gerónimos no merecen los honores de la leyenda murciana por haber construido en la huerta las primeras grandes ruedas elevatorias, los merecen por haber sido los que sanearon, en lo posible, y colonizaron las tierras de la Urdienca, y además, porque introdujeron el cultivo del pimentón que tanto rinde: váyase, pues, lo uno por lo otro, y acordémonos con gratitud de aquellos buenos frailes.

Lo que yo les boy á contar á ostés, caballeros, no es dengún cuento, ni me lo he sacao yo solo é

la caeza, ni naide; qu' es un sucedío qu' anda en lletras é morde, y jué lletura der Señorico, una siesta, pa matar las horas é la calor. Lo qu' es las palabras, inda luego que no serán las mismas, poique ca uno tié las suyas, y se desplica á su moa; pero en lo tocante ar sintío me las curto yo con cuasiquiea, poique, lo qu' es eso, ni Pepico er de los Sermones tié que ber conmigo. Con que échenme ostés un pitiquio pa que no me se seque la llengua, y allá ba.

Pos ecía el libro qu' hubo una señorona en la güerta, que la mentaban la *Pusmarina*, poique era suyo tó lo que riega esta cieca, amén de no sé yo cuantos puebros; y esta Señá Pusmarina era biuda, y su mario jué en África lo mesmo que jué el General Odonell, y había fundao los Gerónimos que son los fraires que tienen más cocote en er mundo; y era tan rica que no contaba er dinero que teniba, que lo qu' hacía era medir los duros con una media anega y las doblíquias d' oro con un medio celemín. Y era lo qu' ecían los fraires gerónimos—¡tan rica y tan roñosa! así s' hacen ricos ¡junema!—y ecían, si la señá Pusmarina ayuara alguna cosa, pos ú bien rebajar la tierra, ú bien poniendo una ruela moruna pa lebantalla el agua, metíamos en cautivo er Tomillojo. Pero ¡á güena parte bamos! esta güena Señora por no dar, no da ni los m...s é las narices. Y ecía er Paere José qu' era er paere más paere e los Gerónimos, bamos, er que mandaba en tós ellos.—No paséis cudiao hermanos, que si Dios quiere habrá ruela.—No sé quien va á pagalla, l' ecían, er convento no tié un centímetro.—Pos ¿quién ba á pagalla? ecía

er Pae José... ¡no hay qu' apurarse!... lo qu' á pagao mas cosas en este mundo é Dios, er c...o der fraire... Y así jué caballeros; pero n' hay qu' estripar, y ca cosa á su tiempo, y los tomates por temporás.—Pos que la Señá Pusmarina con tanto poer y tantos oblonos, tamién tenía qu' ofrecer á Dios, que l' había dao ún zagal ¡güeno si Dios quiere! un descreío que teniba ya beinte años, y estaba enjuascao como si tuviera dies ú once, respondiéndole á su maestro, sacando burla é las presonas mayores y pillándole á su maere, cuando s' escudiaba, los cuartos é la faltriquera... ¡bamos! malo d' una pieza! Y menos mal dista que no le dió por meterse con los fraires, que la cosa tuvo esimulo, pero un día s' eslapizó er zagal, y en er memento que lo supo er Pae José toma er bastón y se bá en cá la Pusmarina.

—¡Er Pae José!... ¡bárgame Dios!... ¡cuánto bustol!...

—Desgusto, Señá Pusmarina,... desgusto... que bengo á dalle una satisfacción atento er señorito é casa.

—¿Qu' a hecho, Paere?... no m' asuste osté.

—Ná, ni cosa! Osté sabe que, como estamos en un secaral, pos no tenemos agua; y enbiamos, pos á la cieca ú ar río... tó por duelo d' una mala ruea, ¡que si bibiera su defunto muertol!...

—¡Bamos! lo é siempre!... la rueeciquia dichosa.

—Lo é nunca, Señá Pusmarina; poique estaba el hermano lego Melitón... ¡un santo!... abocao ar río llenando un cántaro, cuando por la parte é su cuerpo que teniba en aquer memento más sacá, bamos pa ecillo bien, en er rebés é la barriga, le

dan un empujonazo, y ¡paf! al río hecho un rano el lego Melitón... ¿quién l' había empujado?... er Señorico d' esta casa.

—¡Jesús!

—Qué irá este puebro?... Señá Pusmarina.

—Ná bá á ecir, Pae José.

—¡La ciudá! qu' irá la ciudá?

—Ná, ombre, na!... Ostés no le icen ná á naide, y pa que no güerva á caerse ningún fraire llenando agua, yo le pongo una ceña ar convento que se la saque ande er quiera.

—Una ruea, qu' es argo más, noble señá.

—Una ceña, qu' es argo menos, santo paere.

.
—Y oyamoste, paere, ahora que lo tenemos eso arreglao, no le paece á osté güeno echalle argún conjuro ar zagal?... poique pá mí que tié los malos entro er cuerpo.

—¡Cál no señora; lo que tié en er cuerpo es otra cosa, que yo sé con lo que se saca.

—Paere!... ¿qué tié? Pae José.

—Er respeto no m' eja ecillo, Señá Pusmarina. Y aquella bes no lo ijo.

Y al otro día la Señorona que me pilla d' una oreja á su zagal y se lo lleba ar conbento pa que confiese con er Pae José y le bese la mano al Hermano Melitón, qu' estaba escutipao pero n' hacía cama.

Y al otro día er Pae José y el Hermano Melitón.

—¡Er Pae José!... ¡el Hermano Melitón!... cuanto bustol...

—Ú desgusto, Señora.

—Paere, bido osté, como allevé ar zagal?

—¡Ojalá y no!

—Callosté! qu' edificaba berlo; ¡con que humirdá le besó asté la mano, hermano Melitón!

—Jué pá mordella, Señá Pusmarina... ¡pá mordelle á un hijo é San Gerónimo!... hermano Melitón, enseñe lo que le hizo ese escomurgao der Señorico d' esta casa.

—¡Ay Dios mío, ¡quien l' hubiera dicho!... esa jué tentación!... ¡er zagal estaba mu arrepentío!... digasté, sino, Pae José... ¡cómo confesó! ¡qué manera é tirarse á su cuello d' osté, llorando com' un cherro, cuando le dió osté la solución.

—¡Señá mía! ¡Señá mía! que jué pa echarme con desimulo picapica en er cocotel... ¡un cutiperio! Señá Pusmarina... er picapica era der fino. ¿Osté sabe como he pasao yo la noche?... esaciéndome á restregones contra las paeres... un güen baño m' hubiera alibiao y si hubiéamos tenío, ya, la ruea que la caridá de la Señá Pusmarina nus ofreció antiayer.

—¡Ceña! Pae José, Ceña.

—¡Ceña! pues yo creí qu' era ruea, contaó que ceña no es bastante...

—Güeno, quié icir que le pongan contraceña ¿gestasté contento ahora?...

Y los fraires s' iban ya, y el Hermano Melitón había salío elante y er Pae José estaba en la puerta mesma é la cámara haciéndole la reberencia á la Señá Pusmarina, güerto panzia ella, cuando le ice.

—Y aboa, Paere, no me ba á ecir osté que tié mi zagal?... ¡no pueo esechar aquella figuración!... hay que sacalle der cuerpo...

—¡Ná!... ¡ná é diablos señoral... lo que tié en er

cuerpo su hijo d' osté es otra cosa.... pos ¡si juá er diablo, ¿s' habría metío conmigo que boy cargao é relícas?...

—Pos que tié entonces? Paere.

—Lo que tié, y osté perdone, Señora, es qu' es mu asno... lo qu' había que sacalle er cuerpo es el asno, Señora... que no s' ice en un año lo asno qu' es er señorito... ¡Asno, asno, asno!...

Y no lo ijo más beces, que pegó un chillío y se cayó esplomao en la misma puerta; y era er Señorico qu' había benío por el correor y l' había pegao po etrás la patá más grande qu' á llebao en er mundo un c..o, é fraire.

—¡Me lo á esecho! gritaba er Paere en er suelo, retorciéndose como un rabo é salamanquesa, ¡m' ha esfarataol., yo esfallezco!...

—¡Ay Dios míol! gritaba la Señá Pusmarina.

—¿Qué ba á ecir la Santa Comuniá? chillaba er fraire.

—¡No le iga osté na! Paere.

—¡No pué ser! m' han tocao á la enmunidá ecresiástica!... hay qu' ecillo ar Paere Provincial!

—¡No le iga osté ná ar Paere Provincial!

—¡Como que no!... lo á é saber er Rey y er Paere Santol

—¡No le iga osté ná al Rey ni al Paere Santol

—Pos que sa figurao osté Señá Pusmarina? que poique nos a ofrecio osté una ceña...

—Una ruea, Paere.

—Una ceña y contraceña qu' es menos qu' una ruea.

—Paerel... una ruea qu' es más que ceña y contraceña, y mañá mesmo comienzan los trebajos.

—Alabao sea Dios, ijo er Paere José, tentándose ande remata la esparda, pero sin dar más chillíos ¿no habrá quien m' ayúe á levantar der suelo mis doce arrobas?

Y como habían acudío los criaos y l' ecían.

—Pae José ¿como ha sío?

—¡Ná! hijos... ná! qu' al hacelle reberencia al ama, m' esfaraó, y m' e caío sin poello remediar naide.

.

Y ar día siguiente s' escomenzaron á hacer los machos en la cieca mayor, y aquella mesma semana se jueron las carretas é güeyes á por maera é tea á la sierra e Segura, y bino un Maestro e rueas, que n' abía otro en er mundo, de Parma er Río, de ande vino con una hija de rechupete que no s' había bisto zagala más bonita po estas tierras; y conforme s' iba empinando la ruela, se bido qu' er Señorito s' había güerto mu formal, que ecía su maere.

—No paece sino qu' á mi hijo se lo han llebao, y m' han trayío otro. Siempre allí en la ruela pa que no le cueste muncho á su maere. Yo le igo, d' esta hecha sales sabiendo hacer rueas.

Y al año justo s' arremató; y pá estrenar la ruela, se corrió una baca y se tiraron cobetones y roncaores; y er mesmo día hubo junción d' igresia que pedricó er Pae José, y ar mesmo tiempo er Paere Melitón, qu' había ascendío ya á Paere, pedricaba á un balamio é gente qu' estaba biendo la ruela.

—Sí hermanos, les ecía, er Pae José es Santo. Sí, tié er don de profecía. Er dijo quién pagaría la

ruea y aquella cosa qu' er dijo l'a pagao. Sí, tié er don d' adibinación; er dijo que tenía el Asno en er cuerpo quien tós sabéis—y se pué icir poique el Rey l' a dao una compañía y ya no está aquí—y que lo qu' había que sacalle er cuerpo era el asno, y la ruea se lo ha sacao...

—Oyasté Pae Melitón, sartó uno, me paece á mi que si la ruea l' ha sacao el asno er cuerpo ar Señoriquio ha sío pa metello entro er cuerpo á la hija er maestro d' hacer rueas.

Pero naide hizo caso de aquer mal pensao, y la berdá es que siempre s' ha dicho que, pa sacalle á un hombre el asno er cuerpo, hay que allevallo á la Ruea é la Ñora; y manque en Arcantarilla hay otra ruea más grande, d' ella nunca ha icho la gente cosa denguna y no sirbe pa sacar el asno.

Y ya he arrematao. Hagansostés cuenta que han sintío aquella lletura der libro de mi amo... ú poco menos.



CUENTOS



I.

*Ar que se muere, lo antierran,
que los que quean ya s' apañan...*

Pos señor, mas é tres dias, ya, que l' estaban dando er chocolate ar tio Antón Junes, er de Santomera; y er meico Jimenez había llebao ar Villarba, er meópata, y los dos habían hablao mucho latín, meneando mucho la caeza, y los conocíos der tio Anton Junes entraban y salían en la casa, y le chillaban:

—¡Antón! ¿me conoces?

Y er daba un gruñío que lo mesmo paecía si, que no, que *¡Cudiao que seis asnos!*; y alluego se salían iciendo:

—¡Maliquio está er probel, tía María Pepa; lo que sa menester es que lo que sea é Dios, sea cuanti antes, qu' estamos en la sementera.

Y lo que estaba é Dios, jué lebárselo.

¡Junema! la que s' armó en aquella casa de aullíos é perros y de presonas. La tía Dolores, qu'

era la maere d' Antón, metió la cabeza en la sartenera, pa esaogarse dando berríos pa ella sola; la mujer d' Antón, qu' era campusina de Pacheco, y mu nueveciquia, se tiró ar defunto, chillando qu' á ella no la esapartaban, y que la tenían qu' anterrar con su marío, que tó s' abia arrematao pa ella; y Pepe, er mozo, que s' abía criaio con Antón inda que lo sacaron der torno, y era como si jua su ermano, se le subió la sangre á la cabeza y arreó á dar palos á los alimales, de camino qu' iba ar pajar, á por su faca, pa suzudiarse bibo... De tiempo en tiempo se sintía uno:

—¡Ayyyyy!... ¿cuando lo orviaré yo?...—y tos á una—enjamás é los jamases!...

¡Junemal y qué sintío que jué er tio Antón Junes er de Santomeral!

.
Pos menúo porrazo que bino á dar en la groria der Señor... S. Pedro, qu' estaba abisao, le tenía ya la puerta abierta, y le ijo con una risiquia, asina que lo bido.

—Bamos, ombre, pasa alante; que ya sabemos aquí quien tú eres!

Pero, lo que nunca abía pasao dista entonces, Antón Junes no quería entrar en la groria!

—Ascucha y perdona, le ijo á S. Pedro, aquí á abío un dequivoco ó m' abeis hecho una mala partía. Porque á de saber osté, tio S. Pedro, que yo estaba ¡pero mu bien! po allá bajo; á mí no m' abía fartao nunca harina pa un amasijo, á mi puelta no s' abía parao entabía un aflegior, yo n' abía tenío un *si* ni un *no* con mi María Pepa, er zagal...

—¡Miral A mí éjame é retólicas, le ijo S. Pedro, y entra que cierre.

—Pos eso es, ¡qué no entrol... y que me güerbo aboa mesmo, qu' estoy aciendo muncha farta. ¡Apuramente estamos en la sementera!

—¡Hombre, no seas asno! le ijo S. Pedro. Denguna farta hace dengun ombre, asina qu' se muere; te digo yo que lo qu' ace es estorbo. Ar muerto lo antierran, y los que quean ya s' apañan; ¿entras ó no entras?

—No lo tome osté á mal, tio S. Pedro, dijo Antón; pero yo me güerbo en cuanto me iga osté cómo s'a baja. Osté s' a figurao que mi María Pepa es como otras, y á e saber osté que los deos é la mano no son iguales; ni hay hoja...

Pero S. Pedro no asperó más, le dió un metío, que Antón Junes bino á caer en mitá e la groria, y cerró la puerta iciendo;

—Lo qu' es como pá ser santo estorbara el ser burro, abiao estaba Antón Junes er de Santomera.

.

¡Güeno era Antón Junes pa berse encerrao y no pedir su erecho! Se jué á la Muerte pa esacer er dequivoco, y la Muerte le enseñó el libro en que lo había llebao apuntao; y cuando bido que por este lao no abía dequivoco denguno, se jué ar Paere Eterno iciéndole qu' era mala partía, y er Paere Eterno, lo mandó, como icen, á freir espárragos, y alluego se echó á buscar empeños pa que lo ejaran irse á Santomera, qu' acía muncha farta... dista qu' un dia bido á uno y sartó:

—¡Caliche! Esta cara la conojo yo!... ¡calla! pos ni más conocíol... ¡si este es S. Cayetano!... pocas

beces que le é tirao yo cuasiquier cosa cuando lo sacaban en la prucisión... Oyaste paisanol... ¿osté no m' á conocio?... yo soy Antón Junes, er de la torre é los Junes en Santomera.

—Osté será quien sea, ijo San Cayetano; pero yo no lo conojo mas que pa serbillo.

—Pos eso es, que yo estoy aquí por un dequívoco ó por una mala partía, y estoy haciendo en mi casa muncha farta... y lo qu' yo busco es un empeño juerte d' una presona que se tire á pidille ar Paere Eterno por mí, pa gorberme á mi casa qu' es ande yo ago farta... que sabe Dios mi casa como andará... con que si osté no m' arregla esto, y no se tira...

—¡Arreglaol! gritó una bos, qu' era la der Paere Eterno, que baje á la tierra ese peazo d' asno, y si bé qu' ace farta que se quée po allá bajo y no guerba.

Y aquí me tién ostes á Antón Junes, qu' al año d' aberse muerto, caia com' una pelota á la puerta e su casa, y lo primero que le pasó jué que se le tiraron sus mismos perros.

—¡Curto! ¡Palomol... que soy yol... que es güestro amol... ¡pos güeno está estol... vaya un recebimiento!

Y los perros s' encerrizaban cá bes mas, dasta que se sintió abrir la puerta y una bos qu' ecía:

—¿Quién anda ahí?

Antón había conocio la bos é su mozo Pepe, y estaba pa gritar:

—¡Pepe! ¡Pepe! cuánto m' alegre que sigas en la casa; pero oyó la bos de su María Pepa que s' asomaba tamien y ecía:

—¡Pepe! éntrate Pepe! y déjalos ladrar... no bayas á escutiparte.

Y la bos aquella era tan atraitiva y pegalosiquia, qu' Antón ijo pa sus aentros;

—Me paece que ya no m' alegro tanto que siga en la casa Pepe.

Y no asperó á que cerraran la puerta y se coló aentro, y se jué erecho á su zagal y comenzó á dalle besos, y er zagal comenzó á dar chillíos.

—¡Maere! aquí tengo cogio un ombre qu' está elao ¡dice que es mi paere!... ¡Maere encienda osté er candill!... Pepe ven con un palol

Y Antón Junes s' ejó é dalle besos á su criatura, y se jué ar cuarto, y sintió á su María Pepa qu' ecía aboniquio:

—¡Pepe! tengo una pabor!

Y sintió que Pepe le icía tamien aboniquio:

—¡No seas tonta! Maripepa.

—¡Mía que si juea un apareció!

—¡Cal, mujer; ar que se muere lo antierran, ijo Pepe.

—Y por lo visto, busotros ya os abeis apañao, ijo Antón, que no quiso ascuchar más y se salía pa juera, cuando oyó un *run run*, y era su maere qu' estaba rezando por él una parte é rosario.

—Pos lo qu' es esta, que no s' apañao, no me la ejo.

Y Antón Junes se subió otra bes al cielo, llebándose á su maere á coscaletas.

.
.

—¡Calla, ijo San Pedro, otra bes po aquí Antón

Junes!... ¿pos hombre, no hacías tanta farta en la tierra?

—Lo que, pa mi entender, hacía yo era estorbo, tío S. Pedro. Ha é saber osté, si no lo sabe, que, po allá bajo, *ar que se muere lo antierran, y los que quean ya s' apañan.*





II.

Er cuento del acomisionao.

Pos cuentan qu' un acomisionao de la contruición, un aflegior, pa entender, d' esos que les sacan á los probes de la güerta dista los reños, jué á hacer noche en ca er tio Alegría, er mesmismo amo d' aquellos perros que s' apalancaban á la paer pa poer ladrar... ¡con qué tripiquias lo bido allegar er tio Alegría! Pero er tio Alegría era mu cumplío, y el hombre hizo lo que púo, que jué dalle pá cenar, al acomisionao, un güebo que le buscó á un becino, con el ese de gorbello, y un poco d' ensalá frita, qu' er mesmo tio Alegría salió á cogella, de la que tié más sustancia, que toa tié poca...; y juera por lo que juera, que por farta é cena no sería, el acomisionao aflegior pasó esvelao y dando suspiros toa la noche, y en siguiá que s' arremaneció Dios pó er mundo, s' alebantó sin acer ruío, pa irse d' allí cuanti antes, y se puso á aparejar una jaca

que traiba, y n' abia acabao, cuando sale er tio Alegría y le ice:

— Güenos dias nos dé Dios á los güenos cristianos, señor Acomisionao!... ¿qué tal abemos pasao la noche?

— ¡Y que me lo pregunte osté!... Pos mu mal!... remataamente mal, tio Alegría.

— Ya eché yo é ber que cenaba osté esmasiao... pero no estaba bien que yo se lo ijera.

— ¡Tio Alegría!, sartó el otro como si le puncharan, no me miente osté er güebo y la fritá é yerba, si quiosté que tengamos la fiesta en pas... ¡pos hombre!... por lo que yo no é dormío es porque no m' an dejao er perro y er gato y er gallo, dasta un polliquo de *Cristo nació*, que ¿sabosté lo que le igo? que más baliera que me l' obiera osté dao pa cenar fritiquio con tomate... pos ¡á sío flojo er cutiperio qu' an tenío toa la noche!... ladra que te ladral... maula que te maula!... cocorocó!... quiquiriquí!... ¡bamos!

— ¡Alimales é Dios! sartó er tio Alegría...; lo cuenta osté y no lo creen!... s' an enterao ¡no tenga osté eficurtál de que era osté aflegior, y los probetiquios l' an estao á osté haciendo arbirtencias de lo que pasa en er partío. Er perro qu' está ronco é puro esmayao, le icía lo que er probe tié á toas horas, y tenemos tós:

¡Ham bre, Ham bre, Ham bre!

Er gatiquio qu' anda trespillao er probetiquio, ecía:

¡Mis eria, Mis eria, Mis eria!

Er gallo ecía, poique lo sabe er gallo, y tós
tamien lo sabemos:

¡Aquínohayná! ¡Aquínohayná!

Y er polliquo que no pué sorrostrar á los acomi-
sionaos, l' ecía á osté:

¡Vetedaquí! ¡Vetedaquí!

Y yo... si no juá... ¡leñis!... con qué bustol...

.
El acomisionao no á güerto á acer noche en cá-
er tio Alegría, er de los perros.





III.

Er canto er cuco.

No diré que el abogado Minas, había abierto su bufete, porque lo tenía siempre abierto en aquella hermosa plaza de Santa Isabel, á la que no consiguió dar su apellido el clerófobo corregidor Chacón.

Allí, sentado en uno de aquellos bancos que la ciudad debe á la magnificencia del grán vizconde de Huertas, ó acodado á una mesa del figón-taberna del tío Gilo, según el tiempo y la hora, el abogado Minas, tipo pequeño, rechoncho, coloradote, cariredondo, entrecano, bastante raído y algo sucio, esperaba su clientela, tintero de cuerno en ristre, gafas caídas sobre la punta de la nariz y un saco de malicias buenas y pilloserías honradas, que le habían hecho famoso: porque aparte de su *ars manducandi*, mejor y más necesario que el de Nebrija, nuestro hombre era un buen hombre.

—Güenos días, on José.

—On José, güenos días.

—Buenos días nos dé Dios á todos, caballeros, contesta el abogado Minas á dos *tios é la güerta*, que son los que le han saludado atentamente.

Sigue un intervalo de silencio en que el abogado Minas asesta alternativamente la punta de su nariz armada de anteojos, á cada uno de los tios; estos se limitan á tragar saliva con grande esfuerzo, y D. José dice para sus adentros: si no les ayudo no vomitan.

—¿Y qué?... ¡vamos!... ¿qué hay de bueno?... ¿qué se trae esta mañana?

—Dilo tú, Tano.

—Pos dígalo osté, compaere.

Y los dos se quedan callados.

—¡Vamos! dice el sacerdote de Temis, después de una larga pausa, ¡comprendido! Usted se llama Cayetano, nombre popular, y usted es compadre de Cayetano... ¿no es esto?...

Padrino y ahijado cambian una mirada que quiere decir: ¡ya nos ha calao!... y ¡que no sabe ná ni cosa el abogao Minas!

Este continúa.

—Entiendo también que ustedes vienen á algo; pero si no lo dicen pronto, me voy casa del marqués de Ordoño que le estoy haciendo mucha falta.

Los dos tios se miran nuevamente, y crece quince codos en su consideración, el abogado Minas.

—Vamos, dice éste, cuente usted el caso, Tano.

—¿Y poiqué?... ¿poiqué é ser yo?

—¿Por qué? dice el abogado Minas levantándose y tirando hacia los hombros de la capa, porque lo mandan las leyes de Partida y otras que no es del caso nombrar... *Dicat testator et erit lex... Diga*

usted y no sea testarudo. El ahijado debe obediencia al compadre, el compadre manda en el ahijado; y si este ahijado y este compadre no hablan pronto, el abogado Minas se los deja.

—Pos güeno, si es ley, hablaré, dice Tano, y empieza á hacer rayas y echar firmas en la menuda arena del paseo con la punta de la vara; pos... pos... pos d' una bes, á lo que benimos aquí mi compaere y yo, es á saber pá quien ha cantao er cuco, esta noche pasá... ¡bamos! ¡ya lo ijel

Asentimiento del compadre; estupor del abogado Minas que se pone en pié de un salto, y por no sacar las gafas de su sitio levanta las narices á la altura necesaria para enfocar á sus interlocutores; estos han quedado serios esperando con toda corrección una respuesta; el abogado se tranquiliza comprende que no es guasa, y sentándose, dice:

—Explíquese usted, Tano; cuente usted lo que haya pasado, como haya pasado... ¿con que se trata del cuco?... bueno, no es el primer caso de cuquería que ha desenredado éste que ven ustedes aquí...; hable usted, Tano y... que espere el marqués de Ordoño!

—Pos, ya lo sabosté, que cuando cuasiquiea se ispierta dando las doce é la noche y siente ar cuco es... ¡bamos! ¿pá qu' icillo?... que su muger se la pega... y pa ér canta er cuco... pa abisalle... pos güeno, nusotros bibimos junto á la Orma é la puelta é Castilla, y anoche m' isperté dando que daban las doce, y sintí ar cuco, y ¡bamos! esta mañana trempaño juí, lo primeriquio, á icillo á mi compaere qu' está aquí, y... á mi compaere l' abía pasao lo mesmo...

— Si, señor,—interrumpió el compadre,—yo me isperté dando unas campanás que no sabía yo las qu' eran y sintí er cuco, y con er cudiao ¡lo qu' es natural! no me queé durmiendo dista que sintí la una, y bide qu' había sintío er cuco en sonar las doce.

—¡Y es lo qu' ice mi compaere!

—¡Y es lo qu' ice mi ahijao!

—Pa quien ha cantao er cuco?... ú es qu' á cantao pá los dos y los dos semos... ¡bamos! estaría güeno.

Cogióse la barbilla el abogado Minas y concentró la mirada en la punta de su arrebolada nariz, mientras que ambos consultantes

intentique ora tenebant.

—Y cuántas veces cantó el cuco? ¡atención!, y cuidado con lo que se me dice.

—Una bes, ná mas qu' una bes, dijeron compadre y ahijado.

—Pues entonces, continuó sentenciosamente el abogado Minas, si nõ ha cantado mas que una vez, no ha cantado mas que para uno; no se ha dicho en balde, *distingue tempora et concordabis jura.*

—Y pá quién? on José, pa quién?

—Silencio, y que nadie me interrumpa; eso precisamente es lo que voy á deciros, que, para esos casos, son los abogados; pero antes, tú, Cayetano! pon aquí un real; tú, compadre, pon otro real en este otro lado del banco; que cada uno tiene que vivir de su oficio y al abogado Minas no le deja con sus padres ningunos mayorazgos.

El compadre va á cambiar una peseta casa del

tio Gilo, el ahijado cuenta y recuenta un real entre migas de pan y residuos de tabaco; cuando el compadre vuelve y los honorarios están completos, el abogado Minas alza la voz con cierta solemnidad.

—Yo te digo, compadre de tu ahijado, que el cuco ha cantado para uno solo, puesto que tú me aseguras que ha cantado una vez sola; y añado que no ha cantado para ti.

—Ay Dios mío! grita Tano, tirando al suelo la montera y el pañuelo, y pateándolos entre llantos y berridos.

—¡Guarde compostura, Tano!

—La compostura bá á ser la é mi muger, qu' aboa mesmo boy y la escompongo á leñazos.

—Harás muy mal, Tano, porque la Tana es muger de mucha honra, y para ti tampoco cantó el cuco.

—¿Pus pá quién? —preguntan estupefactos ambos consultantes, —¿pá quién ha cantao er cuco?

El abogado coge uno y otro real, se cala la vieja chistera, se sube la decadente capa, y poniéndose en camino del figón.

—¿Para quién cantó el cuco?... dice: pues es evidente, para el abogado Minas que, si el cuco no canta anoche, no almuerza esta mañana.





IV.

La salú é la iguera, y las plagas é las biñas.

IBAN er Señor y San Pedro, anda que te anda, en la siesta d' un dia de muncha calor, con un rechichero que s' asaban los pájaros, y pasaron junto á una güena higuera.

—Señor, á esta sombra podíamos echar una siesta.

—No, Pedro, que yo ya t' entiendo á ti, y con tus chanchas marranchas, lo que tú quiés es comer higos.

—En no allebándose—sartó el amo é la higuera, que l' estaba dando güerta—coman ostés los que tengan gana; que cuando Dios dá, pa tós dá.

—Este es un güen hombre—dijo San Pedro ar Señor llenándose la boca de higos—y hay que dalle un don por la caridá que tié con los probes que ban de camino.

—Pus el don que le daré—dijo er debino Señor

—es que la higuera tenga muncha salú, y que er que se suba á quitalle los higos, tenga mala caia.

Y aquí tién ostés poique á la higuera no la bié denguna plaga, y poique er que se cae d' una higuera no tié nunca güena caía, y esto debita munchismo que roben higos.

Siguian, anda que te anda, er Señor y San Pedro, cuando pasaron junto á un bentorrillo, y San Pedro le ijo ar Señor:

—¿No será güeno que piamos una sé d' agua? Que lo q' es yo, con la calor, se m' apretao er galillo.

—Pedro, mi educación no me premite entrar ande aya ramo; pero entra tú, si quiés, con tar que no bebas vino.

Y San Pedro entró y se bebió, poique lo comprometieron hombres, una mizquitiquia, y cuando salió le dió la tufá ar Señor, y le ijo:

—Pedro, ¡tú t' as echao por lo menos medio cuartillo!

Y San Pedro, por debitalle ar Señor que s' incomodara.

—¡Ni catallo!... ¡Güelamosté, Señor! pos si cabalmente lo tengo aborreció... lo qu' es por mi manque s' asaran toas las cepas y s' erribaran toos los bentorros...

—Pos mira, Pedro, asarlas toas las biñas no pué ser, porque se nesecita bino pa icir misa; pero güeno será que las plagas que l' habemos quitao á las higueras se las echemos á las cepas, y qu' esté mal mirao er qu' entre en un bentorrillo, manque iga como tú qu' á sío pa beber agua y que lo güelan...

Y aquí tién ostés desplicao el poiqué de que las biñas tengan tantas plagas y esté mal mirao ir al bentorrillo; porque es lo que yo igo: caballeros, er que tenga despusición y boluntá que se lo beba en su casa, y le dé á su probe mujer un traguiquio, que dalle mas la preturba, y no les dé ná á los zagales, que tiempo tendrán de tomalle afición si les bié de casta.





V.

¡Conformiá!... Que Dios sabe lo que se hace.

EN una ocasión er Señor y S. Pedro que iban po er mundo, haciendo desamen de lo qu' estaba mal arreglao, allegaron á la güerta é Murcia, y se pararon en la puerta d' una barraca, lo cual qu' estaban en la sea.

—Dios guarde, dijo er Señor.

—Y á ostés tamién caballeros, y á tós los que bân po er mundo.

—Güena gente, le ice S. Pedro ar Señor, aquí hay pulítica y cristiandá.

—¿Se pué pasar? dijo er Señor, pa ir al jarrero.

—¡Pasoste alante, pero tó está enreao con la busanera, y si lo que quién ostés es agua fresca, en la puerta é la barraca qu' está aquí pareja, tengo la jarra corgá...

—¡Güena gente! Señor, ijo otra bes S. Pedro, y ¡cuánto busano!... están en la subía, Señor... ¡qué

sea ba á tener este güen ombrel... ¡Dios los guarde, Señó; Dios los guarde!— que es lo que ice toa presona bien educá, pa debitar el mal d' ojo.

Y er Señor callao como un muerto.

Impués que bebieron agua, asomaron la cabeza, er Señor y S. Pedro, en la otra barraca, y si busanos abía en la una, busanos abía en la otra! y S. Pedro no paraba con — ¡Dios los guarde! y le tocaba ar Señor y le tiraba é la manga; pero er Señor... callao como un muerto.

—Señor ¿por qué no á icho osté Dios los guarde?

—Porque no los á é guardar, Pedro. Ascucha bien lo que te igo, antes que'er dia s'arremate, tos esos busanos an de gorberse monas.

—¡Que lástima Señor!... ¡un hombre tan güeno!... eso es una injusticia Señor! y osté perdone...

—¡Calla Pedro!... ¿tú qué sabes?

.
Anda que te anda, allegaron er Señor y S. Pedro, y se pararon en la puelta d' una barraca.

—¡Dios guarde!

—A ostes, si le da la gana; que lo qu' es á mí no m' á guardao.

—¡Mala presona!, Señor, ijo S. Pedro tirándole é la manga ar Señor, pa que se jueran.

Pero er Señor que tenía otra bes sé.

—¿Se pué pasar? y jué á echar pá el jarrero.

—A mí no me da la gana, ijo aquel hombre, que m' eje naide boceras en mis jarras.

—Sepaste, ijo S. Pedro, que, manque probes, estamos bien criaos, y bebemos á cañete como presonas finas que semos.

Pero er tio no se conformó.

— ¡Hala d' ahí! gritó, si no se ban, les zumbo er perro.

— Bámonos Señor, ijo S. Pedro tó asustao, qu' este tio es una bestia empiná.

Y er Señor se jué con S. Pedro; pero antes l' echó la bendición á los busanos, y les sortó su

— ¡Dios los guarde!

— Señor, sartó S. Pedro, pá que ice osté eso? si bá á aber bochorno y se ban á gorber tós monas.

— No, qu' estos hilarán.

— Con que aquellos, ijo S. Pedro mu incomodao, que son d' un güen ombre, se pierden; y estos que son d' un pillo, hilan; Señor, esto es otra injusticia! y osté perdone.

— Calla, Pedro... ¿tú que sabes?

.
Anda que te anda, pasaron po elante d'una barraca, que no s'arreparaba allí tragín denguno de busanos, y lo qu' abía era qu' un aflegior de los é las contruiciones, se peleaba con la probe mujer y l' ecía:

— Aboa mesmo, le saco l' artesa y las arcas.

— ¡Por Dios! ¡por Dios!... ¡gritaba la proetiquia, no grit' osté por Dios!... ejeloste, á mi hombre, que se muera tranquilo.

Y S. Pedro que tenía güenos prontos, sin encomendarse á Dios ni á Santa María, se jué pa el Acomisionao, y comenzó á hacelle los cargos; pero el Acomisionao, que tenía malas purgas, cogió á S. Pedro d' una oreja, y le dió unos meneos, y le ijo:

— Balla osté ande lo llamen, só tiñoso!, y metasosté la lengua en el c... tio hambrón!

Y S. Pedro s' eslapizó como pudo d' aquel ombre, y s' amparó der Señor, y tapao con er, le ijo al oido.

— Señor, ¿es osté hombre pa hacelle un favor á un amigo?

— ¡Di, Pedro!

— Pos, Señor, cambie osté la suerte: que se muera el aflegior esta mesma tarde, y que biba ese enfelís de la barraca.

— No pué ser, Pedro; antes que la tarde caya, el enfermo estará muerto defunto, y se lo allebarán á la casiquia é las ánimas.

— ¿Y la mujer y er zagal?

— No sabrán ande ir pá pasar la noche.

— ¡Esa toavía!... pos aquí allegó y d' aquí no pasó el ijo é mi maerel... ¡es juerte cosa esto! pa ejar las cosas asina ¿saboste? denguna farta hacemos po er mundo... bámonos Señor, cá uno á nuestra casa y qu' er diablo se quéé suerto por la de tós... ¡baya un papeliquio qu' acemos en la güerta é Murcia!

— ¡Pedrol! ¡Pedrol! le ijo er Señor, que t' escarriás! Dios sabe lo que se hace y te bas á conbencer. Er primeriquio, er de la güenas palabras, es paere é probes, pá ná l' ace farta la sea, y lo que saque lo ba á prestar á real por duro, y alantao.

— ¡Que se le pierda la sea, Señor!

— ¿Pos no ecías qu' era injusticia?

— ¡Y yo que sabía, Señor!

— Pos el de las malas palabras es güen ombre qu' está esesperao, poique le debe al amo dos rentos y lo que bá d' este.

— Señor, que tenga sea ese ombre, y cuente osté que yo antes no ije ná.

— Quea el otro, y arguna bes s'avía é morir y

se muere hoy que le pilla confesao y comurgao; y como la enfelicidad de su mujer y de su criatura es mu grande, los arrecoge un tio cura que no s'acordaba de ellos.

— Güeno Señor, s' apañan, y tó lo güeno está güeno, menos er pillo del aflegior, que d' er no m' a dicho osté ná...

— Éjalo pa otro día, Pedro! qu' ese es muncha esdicha, y á naide á lucío entabía la sangre é probe ¿as bisto argún aflegior que eche luz?...

Y S. Pedro mirando ar Señor con una mirá cariñosiquia se rascó la calva iciendo:

— ¡Leñis!... y que saber tié este ombrel





VI.

*A lo que Dios cria, no hay que buscallo
la mejoría.*

CUANDO er Señor y S. Pedro andaban po er mundo, un día echaron la siesta en la piná er conde er Valle, un güen caballero, mejorando lo presente.

—¿Duermosté, Señor? y osté perdone.

—No, Pedro.

—Entonces, ¿quiosté señor que le iga una cosa? ¿s' acuerda osté, cuando íbamos po esa güerta é Murcia que s' efisa ende aquí, y ecía osté: Dios sabe lo que se hace, Pedro; Dios sabe lo que se hace.

—Y oye, Perico, ¿á qué bién estas retentulias?... ¿es que no te queaste convencío, ó es que güerbes á las andás?

—¡Yo, Señor!... ¡Dios me libre!... pero es que como er pensamiento no pué estar parao, estoy yo pensando aquí tendío ebajo esta carrasca, entari- mientras cojo er sueño ó no lo cojo, qu' ande hay

güeno hay mejor, y que angunas cosas der mundo pudierasté mejorallas, ú ecillas ar paere nuestro qu' está en los cielos pá que las mejore.

—Y ¿qué cosas son esas? Pedro.

—Señor una carretá... Miste una sin ir más lejos... Estamos ebajo un árbol de los más grandes, lo que se llama un árbol güen mozo de berdá.

—Güeno ¿y qué?

—¿Es ó no es más grande una carrasca qu' una mata é melones? Pos en puesto d' una bellotiquia como er deo, que se quea en un diente, la carrasca debía echar bellotas más gordas qu' un melón de agua de la Ribera é Molina.

—¡Güeno!... pos ya se lo iré á mi paere y abora éjame echar la siesta.

Y er Señor se clisó, y S. Pedro siguió esvelao arreglando er mundo, y poiqué no se lebantó un levechiquio que comenzó á menear la copa é la carrasca? y con er meneo s' esprendió una bellotiquia que jué á dalle mesmamente en las narices á S. Pedro, que s' echó mano y escomenzó á chillar.

—¡Señor! ¡Señor!

—Otra bes, Pedro.

—¡Señor! es pá que ya no le iga osté ná á su paere. ¡Señor, que las bellotas sigan como bellotas y los melones como melones... ¡Pos digo! si la bellotiquia que m'a caío en las narices llega á ser como un melón...

Abora la moraleja; y la moraleja es que si á tós los que quién mejorar er mundo los ejáramos, habían de ponello peor qu' está... y cudiao que no está güeno!

PEROLATAS Y SOFLAMAS



I.

EN 1859, época de esplendor para la monarquía y la patria españolas, la reina doña Isabel II visitó Murcia, fué al pintoresco santuario de la Fuensanta que domina ciudad y vega, y allí, D. Joaquín López, uno de los que con más gracia han hablado y escrito en panocho, aunque exagerándolo, pronunció, vestido de idem, la siguiente *perolata*, que fué tan bien dicha por su autor como aplaudida por sus oyentes.

SEÑORA:

Acomisionao por los partíos de la güerta pa presentar á V. M. esta probeza y ecille á la vez las despresiones que soflaman nuestro corazón, quisiea tener en la boca un salterio y que del ampíreo bajaran las palabras engüeltas en sábenas de gloria pa dalle tuiquío el aquel que se merece este asunto; pero soy probe sin destrución que no he concursao las lletras; y por lo mesmo, á mi moa le diré tuiquío lo que se arremaneja en mi pecho.

Al saber que V. M. nos iba á vesitar, la güerta e Murcia, que la quíe dasta er güeso, determinó

presentalle este regaliquio, como muestra del afleuto que tenemos á V. M. y á sus Zagales. En él va engüelto nuestro corazón; pueé recibillo V. M. sin regomello denguno porque ni el cordero topa ni las floreciquias punchan; y al acetallo, guarde V. M. premaniente lo que voy á ecille por remate.

Si alguna vez, Dios no lo quiera, V. M. se biera aflejía por las similitues der tiempo, acuérdesese de los hijos de la güerta e Murcia, de los que se quean con la estauta de su presona en el alma; y no dude V. M. que la sacaríamos de cualquier gallomatías ó aflicción, aunque pa ello, jua mester hacernos piazos y matar dasta Solofiernes, y tuisquia la morisma entera, pues sa mester que conoja V. M. que al nombre de nuestra Reina y de la Virgen de la Juensanta, dasta los montes se le bantan y hacen juebo.—*He rematao.*





II.

*Perolata que dà el arcarde que ha buerto à
empuñar la vara à sus feligreses y avacinaos
der Partio.*



El carnaval de Murcia fué, durante algunos años, fiesta de gran esplendor, imposible de sostener porque las corporaciones no prestaron suficiente ayuda á los entusiastas particulares sobre quienes pesaban los gastos. Abría el Carnaval el *Bando de la Huerta*, en que fingidos panochos leían una supuesta *soflama*, proclama ó bando de buen gobierno, con las prevenciones que les hacía un *perraneo*, ó rabo alcalde de la huerta, sobre la manera de conducirse en la ciudad durante las fiestas de la *esfrazauría*. Mi madre (q. s. g. h.), hizo colección de estos bandos, y últimamente expurgó, de ella, todos los compuestos por los imitadores desgraciados de Joaquín López y de Pepe Tornel, únicos pseudo-panochos que no han exagerado hasta la desvergüenza el desenfado, ni confundido con la grosería la ingenua sencillez. La *soflama* siguiente es la mejor de D. Joaquín López, y fué pronunciada el domingo de Carnaval de 1876. Adolece, como todas las suyas, de evidentes exageraciones, y caricaturiza el tipo, que es naturalmente gracioso pero no payaso.

Caballeros: A esta flecha estamos metíos de patas en la esfrazauría de las carrestuliendas, divir-

sión en que los que tienen borlas, poer, jurición y mando, han de estar vrigilantes pá debitar los encorbillamientos de presonas, que suelen acarrear los hombres cuando quien salirse con su impresa.

Muncho trebajo es pá un probe biejo como yo que defisa ya encorbillá y sin juerza la vara e su justicia el poer enderezar este negocio y mas tabía habiendo er balamio de causas que boy á des-atar.

Er mundo está lleno d' arbullo, ya no hay pae-res pa hijos, ni hijos pa paeres; las maeres en la Ñora se comen á sus zagales en presencia de sus marios ausentes; er probe jornalero ice que quie ser rey porque la icho er maestro iscuela que le pretenece d' erecho devino; los amos están solivantaos porque no recogen un centimetro del cautivo de sus tierras; por el partío anda una muger que con boz de serena engañaora va iciendo que los hombres y las mugeres pueen aparearse como los alimales, sin dalle cuenta á Dios ni ar mundo; Perete el aguacil al mesmo tiempo, casa cebilmente á las presonas po ezaga é la Iglesia, iciéndoles que quean pa siempre *insolutis* y desamina los zagaliquios pequeños atento delaberio pa debitar denquivocaciones; si tomamos otra rauta, bemos á los probes basureros qu' andan escamaos poique impués de satisfacer la cota del chinarro les llevan la burra á la posá, baliéndose de superflujos. En fin caballeros, esto s' agüerto un disierto, porque dasta los alimales sangrinos que trocean vivos á los defuntos muertos, andan por las calles tirándose bortetas arrejuntaos con osos y franchutes á pique de dalle un susto á las presonas que están

en mala despusición. Asi no poemas seguir porque no estamos en la incensa turca; samester que caminemos por la rauta, que nos enseñaron nuestros paeres, dándole á ca uno lo que le preteneja de erecho, pa devitar las hablaurias de la gente en tós los siempres del mundo y prencipalmente en las presentes carrestuliendas. Por lo mesmo; yo que soy vuestro paere, yo que por vusotros he llorao como un zagal en las épocas traseras; yo que nunca us meteré en dengun zarangollo de esos que arrobinan á los probes; yo que me sucidiaría por vusotros si jua meester con un buchillo, con el corazón aflegío y estrujao como una pasa: de ruillas os pío, que ya no oigais la voz de los hombres y de las mugeres himpróquitas que quieen perdellos de remate; que tengais obediencia á los amos dándoles los que les preteneja; que á los deputaos de arriba los mireis siempre de reajo; que no sus metais con naide; que debiteis el ir bebíos; que presigais con toa la juerza que yo sus delego, á los que tiran güeveciquios rellenos de armión, anisiquios reondos y pelaillas farsas; que pongais tuiquio el aquer del ese; que se debe á nuestra maere la Sardina cuando le den seportura, acompañándola como es debío con angun porrón y una boliquia picante de esas que pagan erechos de puertas á la salía; y por remate que si por angun abento y como es de costumbre sus disfrazais de ladrón de mentirijas y sin poello remediar sus tirarais prefugamente angun ese, por la parte zaguera, precurar hacello siempre devitando prejuicios sin fatar en naa, á las borlas er poer, y la jurición de vuestro arcarde que sus quiere dasta er güeso.—*Juan Porrones.*



III.

LA especialidad de D. Joaquín López fueron los *bandos de la huerta*, y el más feliz de sus imitadores ha sido D. José María Martínez Tornel, especialista asimismo en *poesía panocho*, y autor del precioso romance *Er busano de la sea*, que verá la luz en nuestro *Cancionero Panocho*. Del Sr. Tornel, es la siguiente *soflama* que se publicó en 1879, es, decía este *filopanocho*, la que hubieran dictado los huertanos sin el *balamio de tonterías con intención de graciosas*, en que abundaban otros bandos.

«*Bando pa el partío de mi jurición.* — Art. 1.º Quean esterraos d' estos contornos esos hombres que llevan en la mano un bastón con una puncha dentro, y una gorriquia con un letrero que ice: «A. de C.» — Art. 2.º Quea estableció un portajo en cá senda y vereá d' este partío pa que no puea entrar aquí dengun portajero, melistro de justicia, ni rabo arcarde. — Art. 3.º Al municipal que en toa la jurición de mi mando llebe argun basurero á la posá y lo ate en la cuadra por la murta, se le quita las insinias. — Art. 4.º Al acomisionao de apremio que traya los papeles ebajo el brazo y venga en

estos dias á hacer notificaciones, se le tirará á la cieca.—Art. 5.º Se prohíbe er tránsito por tóo el partío á las tartanas de justicia.—Art. 6.º No se hará dengun aforo por presona denguna en denguna clase de establecimientos de bebía.—Art. 7.º Quean sin juerza denguna toas las tarifas der mundo.—Art. 8.º En este carnaval ca uno se isfrará de lo que buste, de perro, de gato, ú de mochuelo, siempre que no le farte á naide, ni sarga con segunda intención.»



CAUSA AL EMPERAOR É LA MORISMA

CAUSA CREMINAL

FORMÁ AL

EMPERAOR É LA MORISMA

por haberse desatacao contra la dotrina de
los Santos Paeres y haber arremetío
muchos mozos, troceando tamien
angunos zagales, que metia
impués en un calabazón.



El Juez,

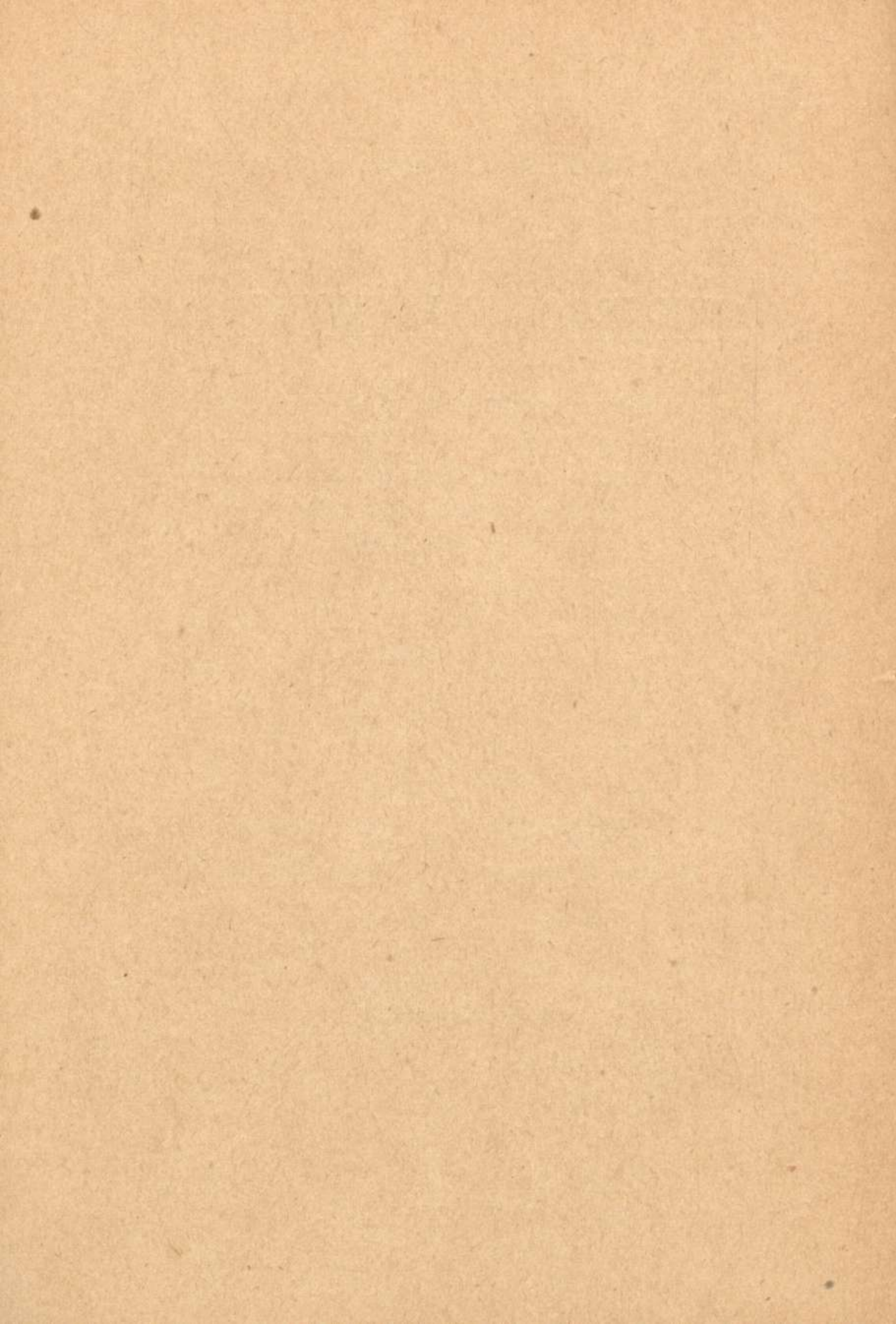
Bruno Garrampa.

El Arcarde,

Niceto Perullo.

El Escribano,

Nicanor Chipola.





ECIENTES todavía en España, y muy vivos en Murcia, los entusiasmos á que dió lugar la gloriosa cuanto estéril guerra de África en 1859, D. Joaquín López, D. Miguel Rubio Arroniz y otros *panochistas* que solían reunirse en la botica de San Antolín—botica que ha tenido sus fastos literarios, como los tuvo políticos la de D. Juan Cortina—confeccionaron entre todos la siguiente joyuela que pocos conocen, menos todavía tienen y muchos desean tener. Se hace la publicación sobre un ejemplar de mi difunta madre, con las correcciones introducidas por don Joaquín López, pocos años antes de su muerte.

Parte que da el Perraneo de la Verea alta ar Juez Penar de Cobatillas.

Sr. Juez Penar del partío de Cobatillas.

Con motigo del esfalijamiento que está premobiendo un pantasma enbesibilao venío de la moris-

ma, en los alreores de mi jurición, san tirao á mi presona munchos mozos pidiendo les delegue la justicia que er caso apeteja, pa que púan caminar tranquilidos en la aseguranza de sus presonas, anque sea po en comedio é la noche, cuando van á platicar con sus muletas.

Debano juera er ponelle tuicas las hablaurías que se rumea remanientes á este hombre; pero baste icille, anque de paso, que se come á los zagales; arrepieta las mugeres, iciéndoles palabras á ocnas, y las retoza; encobana en un calabazón que lleba, las injurias der probe que agarra, y por remate, trocea las barracas, arremete á los alimaes, y dasta se come las moreas. Por manera, que es tal la aflicción que hay en estos alreores, que los probes jornaleros no salen de sus bibiendas; los trigos se los come el cerriche por que naide quíe caballos; las maeres destrullen á sus hijos atento é las dentinciones de este brujo; y con tal motigo man dicho angunas presonas de copete, que si este negocio no lo meneo como debo, le pegan juebo á la bibienda, ó me sucidian de una puñalá trapera ezaga é los riñones.

Señor Juez: alcabo semos: llo soy un probe que no tengo mas aberío, que lo que llebo po elante; y si á esto le pegan juebo, m' han arrobinao; y por lo mesmo, reconojo, como reconejo, que mis feligreses piden agarraos á las destruciones der cóigo, quiero que cuanti antes se destrullan las deligencias, pa ber de pillallo presto, teniendo en cuenta, que es un hombre sin prencipios, un flamasón erejo, un arbulloso de remate hasta ejárselo sobrao, y uno de los hijos del garrón de Mojama el que vive en Totuán.

Lo hizo el alcalde, *Niceto Perullo*.

Primera diligencia
der Juez Penar.

En el partío de Cobatillas á 7 der mes de la flecha y del año que le preteneja, er Juez penar der mesmo, por ante mí el escribano de erecho legar, ijo: qu' acaba de tomar en sus manos la lellenda ú desorto que bajo güena ráuta le dencomunica el Perráneo de la berea Alta, y esfilusaa dinda er prencipio al remate, no pue menos de icir, sin regomello ni aquel denguno, que se arreprete al Perráneo der mesmo con dicho documento, y que impues d' habello desaminao, se recarque iciendo, si ha sío er mesmo que la intrucío, y hecho esto, bajo güena ráuta, se empezarán á tomar toas cuantas abriguaciones puan serbir pa esmofigar er negocio de que se platica, pa aplicalle yo las medías que ello en si apeteja. Y por esta su esterminación, lo firmamos de su puño y letra encima del arcón é la sea, el Juez Penar y yo, de que doy fe.—*Bruno Garrampa.*—Ante mí, *Nicanor Chipola.*

Desamen y recarcau-
ra der Perráneo
remaniente al
parte.

En siguiá, y sin pararse en dengun puesto, ante la presona der Penar, compaació er Perráneo é la berea Alta, de egercicio casao honesto, y haciéndole tuicos los encargos que reza er papel que nos habemos dejao azaga, ice el hombre: que dicha lellenda es la mesma en presona que él, junto con su compaere, le introujo al Penar, pa ber de echarse juera la responsabilidadá que pudiea tocalle er día é mañana, como intrípite de los feligreses que representa; que tuico lo icho es la berdá con sus pelos y

señales, en la que siempre premanece, y de la que naide lo apea bajo el juramento emprestao en el que se recarca dasta er güeso, asin como de habelle sío leía esta aclaraura, la que firma con el Penar, llendo á cumplir á los melones de ogaño, treinta y nueve años, cinco meses y decisiete días, de que doy fe.— *Bruno Garrampa.*— *Niceto Perullo.*— Ante mí, *Nicanor Chipola.*

Eclaración de un mozo der partío que se le apareció er marroquín, estando platicando con su muleta.

En el partío de Casillas á 13 der mes de la flecha, ante mi presona como Juez acomisionao, se trujo á Vicente Pirulo güérfano de paere y maere, y preguntao remaniente á lo que vamos á esmofigar, ijo que estando platicando con su zagala po ezaga é la barraca, oyó una voz muy atraitiva y pegalosa que se quejaba con aflicción: que ensiguía le bino una corazoná si podría ser er mochuelo que se ponía toas las noches en la morea del tío Cuco; que el hombre no hizo la menor esa y siguió platicando con su muleta; pero que allá anda una miaja aprecibió un valamío de ruío á moa de terretremo, y en siguía miró y se vido espatarragao en una higuera martinenca, una presona á moa de hombre con un tenor ú cítora, cantando la malagueña der tres por er punto é la Habana; que jué á meter mano á una boca é juebo, y antes e lebantalle las greñas, se gorbió besibilo y se espareció; que con tuico lo icho, tuvo algún regomello, y dempués de haber mediao algunas quejas de amor atraitivo con su zagala, se jué pa

la loma e lo é Zaorí, cuando de encomedio de un cañar defisó una luz que paecía de próforo y era er dicho pantasma que benía erecho á él, á lo cual echó á correr pa librarse de sus dentinciones; pero habiéndosele sortao la cinta del apargate, lo cojió descudiamente po ezaga der zaragüel y empezó á dalle santigüeñazos con un calabazón en la mesma nucla der cuello: pero diciendo er probe *¡Rosaura er guante me bargal!* lo ejó y tomó otra ráuta echando juebo por tuicas las collenturas de su cuerpo. Atento de las desinias que le bido, eran del teneor siguiente: una cara lo mesmo que una tenaja y de color de arcazaba; sus ojos espidían juebo; y por lo qu' hace ar bestío, iba probe de remate, con unos zaragüelles á moa de sávena, un calabazón de pescar, y un sabre travesao por las caeras. Qu' es cuanto pue icir remaniente á lo que se l' ha preguntao, y en forma de tó lo icho, protesta ecir verdá con la palabra en la boca.—*Bruno Garrampa.*—*Vicente Perulo.*—Anti mí, *Nicanor Chipola.*

Otra eclaraura de un probe que va vendiendo agua é la Lus por Murcia.

Po er mesmo negocio se apercibió á Isioro Pelusa avacinao en la alamea der camino Nuevo, y sin regomello, ijo: que bajando por la rambla del Sordo de llenar su

carga de agua como tié de costumbre pa buscarse la comía, bido benir un hombre á moa de pantomina, y que asin que se topó con él, le ijo con despresiones anque algo destrangeras, si por lo que juera rigular, podría lleballo un ratiquio á

coscaletas poique estaba esmallao de remate. Que este probe que eclara, no aprecibiéndose de las impróquitas palabras der besibilo, le ijo que sí; pero jué er caso, que al hacer la mobición pa echárselo á cuestas, le bido unas uñas que paecían buchillos, y que de la encobanaura der calabazón, salía una voz de zagaliquio pequeño, que aflejío llamaba á su maere pidiéndole bollo; y haciendo entonces retentulia d' angunas despresiones que había uido decir este aguaor, atento de un hombre empantasmao, se le intrució en er cuerpo una temblorina, que dasta las patas se le encorbillaron; pero en siguiá metió mano á una relica y poniéndosela elante, en cuanto la defisó el pantasma pegó un aullío y un bote, que jué á caer á la cresta der Gallo. En cuanto á las desinias que llevaba, no pue icillas, poique no las defisó, der susto que tenía er probe.

Que es cuanto pué icir por lo que hace á esta eclaracien, lo que firma á sus ruegos su compaere, arrejuntao con el Penar.—*Bruno Garrampa.*—*Por mi Compaere yo Casimiro Perales.*—Ante mí, *Nicanor Chipola.*

Eclaración de una jóbena que trató de seducir este moro impróquita.

Pa ber de dalle pique á este gallomatías, s' arrepretó á Ramona Carriles, y dimpués d' habelle preguntao de lo mesmo, empezó á desencobanar su pecho iciendo:

que estando rujiando la puerta e la bibienda, se l' apareció el pantasma sin bello benir por dengún puesto, y que pidió una poca de agua, diciendo que

era acomisionao de la morisma que benía á hacelle una besita á la Contrapará en nombre del Empe-
raor; que en siguiá sacó de entre los zaragüelles uu buchillo, que encomedio de er decía, «*viva mi dueño*», y asentándose en er pollo e la vivienda, como pa jumarse un cigarro, empezó á hacelle preguntas de cosas que no traiban ataero denguno. Por remate, fué er caso, que biendo que toos los superflujos de impróquita de que se balía, eran debano pa cometer la espicazaura de la vertu de esta probe soltera, l' arrimó en metá de la mesma barriga una patá, que de la juerza jué á parar al montón del istiercol, que estaba de allí diez ú doce varas, y en siguiá se tiró á ella y empezó á echalle el humo der cigarro pa ber de marealla, dasta una miaja que defisó que venía gente po el cornijal de la cieca y tiró un sarto que jué á parar al castillo de Montagú, dejando á esta probe jóvena á pique de dalle un susto:

Que esto bido ella, y lo firma, pa dalle mas juerza, el maestro escuela del partío.—*Bruno Garrampa*.—*Casimiro Perales*.—Ante mí, *Nicanor Chipola*.

Otra eclaración de un jóveno ar que se le apareció al ir á echalle de comer á los alimales.

De la mesma manera, y con iguales dentincionos, se llamó á Juanele Titarra, y preguntao dijo: que serían las dos y media é la mañana, cuando s' alebanto arrebozao en la manta á echalle un ingüerto á los alimales, y al hacer

la mobición de agarrar la corbilla pa cortar la

llerba, defisó una espautación de hombre espata-
rragá encima é la lomera del pajar, que estaba
cantando la copla de «*Serena der mar bella encan-
taora*;» que al mirallo en aquella positura, con la
escarcha tan recia que caiba, se feguró que sería
angún mozo que iría de moco, quío icir, que iría
bebío; que viendo que por más que lo useaba no
se iba, sacó la llamaera pa metelle un bufío; pero
que en cuanto lo bido el pantasma dijo: «*Dios y
besibilo*» y se perdió de remate; que este que eclara,
al mirar esta decena, se gorvió á meter en la pajera,
se echó er cujón de la manta por la cabeza, y dasta
otro día que s' arremaneció.

Que no pue ecir más, por que tampoco bido más,
y lo firma con su mesma mano. — *Bruno Garram-
pa.* — *Juanele Titarra.* — Ante mí, *Nicanor Chipola.*

Otra. Por remataura se bido á Monifacio Jurena, y
unque usando de superflujos dijo: que estando
regando las hortalizas, se bido acometío con un
dolorciquio é barriga como a moa de cólero, y que
al remangarse los zaragüelles pa hacer el hombre
sus diligencias, bido pasar po ezaga de er una
sombra esesperá que iba comiéndose un zagal; que
por pronto que quiso tiralle un tabanazo con el
legón, se l' echó encima y le tiró una patá en los
mesmos corbejones, que cayó de cabeza al brazal
y se queó allí dasta que jueron sus paeres á reco-
gello.

Que no bido más ni menos y que ice la verdá, la
que firma más azaga. — *Bruno Garrampa.* — *Monifa-
cio Jurena.* — Ante mí, *Nicanor Chipola.*

Deligencia der juez
penar pa prender
al moro.

Bistas y desaminás tuiquias
las hablaurias que van arrecujo-
nás en las lellendas zagueras, y
reconojiendo por toos puestos las

provalidaes de que perejan presonas por descudios, sin comérsele ni bebérsele, como suele icirse, he tenío á bien mandar por el juero creminal que gozo y la juerza que me da la jurición que llebo po elante, que er perráneo de la berea Alta, con los guardias rulares, juerza de melicia, peones camineros, abasteceores de bebías y toos cuantos tengan herramientas, como carabinas de juebo, cachorros ú pistoliquias, amen de las que sirben pa el apero é la labranza, salgan en prosecución de ese brujo empantasmao, y ande quiera que lo cojan, sin dicille paere nuestro, lo arrepreten con una faja por los coos, y sin ejallo hablar palabra lo dencaminen á la bibienda de Andrés er Peloso, donde queará retenío dasta que yo pase á hacelle una besita pa tomalle eclaración y echalle la buchilla de la ley encima é su presona.

Así lo mando y quiero que se dejecute, si es que s' ha de arrematar este gallomatías alguna vez.—
El juez, *Bruno Garrampa*.

Parte del arcarde de
haber preso ar
moro.

Sr. Juez:

Dimpués d' esmenuzar er parte
de osté y sacalle á toas sus despre-
siones el moral que arrecujona-

ban, pasé á dejecutar cuanto me icía, baliéndome
de presonas de astrucia, como verá más abajiquio.

Arrejuntaos en mi vivienda Salustiano Caporro.

Andrés Raspajo, Jarcinto Ronquillo y el Fraile Fitorro, dimpués de habernos quitao er busano, quio icir, de habernos bebío unas cuantas boletas, salimos en prosecución der pantasma al quebrar la noche der día d' ayer; y encaminándonos por una trocha que sigún las indagauras arrecuperás, desinuaban su paraero, oimos al pasar po ezaga de una almajara, la voz de un hombre recio que llorando icía: *!!! Totuan, Totuan, que bien me las dao!!!* Comiéndonos ya la partía al oir estas despresiones, Salustiano Caporro se ejó caer en la regaera, echando mano á una lengua é vaca, y Andrés Raspajo quiso dalle busto ar deo isparando un arma é juebo, pero yo no lo ejé, poique quería pillallo vivo. Por remate: aparapetaos ca uno en su puesto, y al decilles yo «*á ellos que son pocos*», jué tar el demproviso con que lo arrepretamos, que no tuvo tiempo pa espaecerse ni aun pa ecir «*Dios y picua*»: y agarrándolo entonces de los pelos der cerebro Jarcinto Ronquillo con la navaja en la mano y el Fraile Pitorro po el otro lao con el acha, no tuvo más remedio que icir «*me intriego á la juerza armá*», y en siguiá, sin hablar más despresión, lo dencaminamos á la vivienda der Peloso, ande queó retenío dentro d'un costal y arreatao por la boca.

Es cuanto tengo el arbullo de icille por hoy, siendo de paecer, que á los probes que tanto han trebajao pa cogello, se les dé alguna meralla.

Lo hizo Niceto Perullo á catorce der mes este de ahora.

Eclaración der pré-
fugo moro.

En la jurición de Cobatillas a deciseis der mes de aboa mesmo y del año que reza el cabezón de este papel, el Juez, con el intrépito acomisionao pa hablalle al moro, se presentó en la bibienda ande estaba arrecuperao, y diciendo al aguacil Perete que lo echara juera der cepo, se le presentó de ruillas, y empezó á hablar por bajo é cuerda, quio icir, por segunda presona, las palabras que se desinuan una miaja más abajo.

Dijo: que er día que vido el esfalijaero de Totuan y er degollaero de sus Serrallas, no tuvo más remedio pa guardar la pelleja, que tomar una céula é vencidá y benirse préfugamente á España acompaño de un tar Media-Libra: que en este parage ya, y viéndose soliviantao por toos puestos, se entregó al robo, á comer zagales, á repretar mozos y á dalle con la espiñarga á tuiquias beiba; confesó que era el CALAVÉRICO EMPERAOR DE LA MORISMA; que reconojía su elito y que por lo mesmo no s' efendía. Esta jué su desplicación, y haciendo mangote como los gallos, cerró el pico y dejó un *pestazo* en la vivienda, que n' había quien estuviera á su alreor.—El juez, *Bruno Garrampa*.—Ante mi presona, *Nicanor Chipola*.

Abora er fiscal se
espatarraga pa
pidir.

El Premotor Fiscal, sin dalle más güertas ar negocio y pa enderezallo como se merece, dice: que de remate condena creminalmente

al EMPERAOR DE LA MORISMA, por haberse desatacao en contra de la dotrina de los Santos Paeres; y

con la juerza é su erecho pide, se le ponga encima é su presona, la pena é muerte, cspicazando su cuerpo los collereros en er parage é costumbre, con arreglo á lo que desínuan las lellendas del cóigo y de la *Reoma encantá*, pues así lo reclaman las eligencias que tenemos vistas y que tó er mundo sabe.

Abora el Juzgao, si le paece, podrá echalle alguna cosa más encima, aunque sea angunos años de caena y bozo.

Más: El Premotor no tié regomello de las eclaraciones de los testigos, y por lo mesmo pide aquí descansen.

Cobatillas 15 de Febrero. — *Jorge Patarrón*.

El juez entra abora
consabreenmano.

En er partío é Cobatillas á de-
ocho del año que llevamos po-
elante, bista la decumentación

creminal seguía contra el EMPERAOR DE LA MORISMA sobre los delitos que podrá ver el que le paeja.

Resurtando que en los días que ya san desinuao, se arremanebió en er partío dicho moro, isfrazao de préfugo con un calabazón embutío de zagales troceaos, remetiendo á las mugeres, tirando barracas y comiendo alimales.

Resurtando què impués se le oyeron palabras y blasfemaciones á porrillo desagenás de presonas ecentes y rigulares.

Consierando que tanto por las eclarauras que van esmoñigás como por la gomitación der mesmo, están probaos dinde er prencipio al remate, los delitos, sustos, arremeteuras, esfalijaciones y encor-

villamientos de presonas, haciendo alarbes de armas próbidas.

Vistos los artículos der Tósigo, las ordenanzas de melicias, las partías dobles de D. Alonso, la regla é tres y compañía, la destrución de erecho é puertas, la *Voz é la naturaleza*, el Freijó y dasta la cartilla der zagal:

Fallo y sin contra.

Que debo condenar y condeno en concencia á dicho EMPERAOR á la pena é muerte, espicazao, que se dejecutará en la rambla der Sordo pa escarmentación de toa la morisma; siendo conducío sobre un caballo é caña, bestío con pantalones y jubón d' arcazaba y arrebozao en una sábena é cojer hoja pa tapalle el honor; y mediante a que no merece sepultura por herejo, se les hará una comía á los perros der partío; y por la presente lo prenuncio, mando y firmo con toa mi juerza sin gorverme azaga. — *Bruno Garrampa*.



ULTÍLOGO.

PONGO término á este libro, por varias razones; y no es una de ellas el que se hayan agotado mis acopios, porque, en carpeta, dejo material que sería bastante para hacer otro librito de iguales proporciones. Quedan, pues, inéditas, leyendas tan interesantes para la historia local, como la del *Cristo de Torre Agüera*; para la historia de nuestras supersticiones, como la de las *Brujas de Alcantarilla*; y para explicar dichos vulgares, como la del célebre *Sordo de la Ñora, que no oía los cuartos, pero oía las horas*. No desisto para siempre de publicarlas, ni afirmo que lo haré. Quizás he elegido mal, y pospongo algo que debería haber antepuesto: no me justifico, como, por regla general, no se explica ni puede justificarse la preferencia de los padres por alguno de sus hijos.

No he puesto notas, ni doy vocabulario en este

tomo, y tampoco lo haré en el segundo; pero pienso publicar, aquel, en el tercer tomito de esta trilogía, y me propongo hacer algo más que vocabulario. Estoy cansado de oír que en Murcia se habló siempre el castellano, aunque corrompiéndolo en corto número de sus palabras y giros. Esto, á mi entender, no es exacto. La reconquista nos impuso la descomposición que venía haciéndose del latín en parte de Castilla, y castellanos y murcianos (los murcianos, después que pasó la Torre de Babel de los primeros tiempos de la reconquista) seguimos operando separadamente la descomposición del latín, formamos dos romances adialectados muy parecidos y de los que el nuestro, aunque más rico y eufónico, debía sucumbir y sucumbió necesariamente—primero en la Ciudad, después en la Huerta—ante la influencia avasalladora del romance castellano, que era la lengua oficial. ¿Justifica esto la opinión de los que encuentran el habla murciana corrompida en todo aquello que no es idéntico al habla castellana? No, seguramente. Sin adelantar lo que ha de ser materia del anunciado tercer libro de literatura panocha, podemos aducir algún ejemplo. ¿Por qué razón ha de ser corruptela que el panocho diga *pós*, mientras que el castellano dice *pues*?... Ambas conjunciones vienen del *post* latino; y si hay corrupción, menor ha sido la del panocho, limitada á suprimir una letra.—

Ni es otra cosa que mayor adelanto en esa jornada que el castellano ha hecho para llegar al abreviado *para*, desde el *per apud* latino, el que los panochos murcianos hayan acertado todavía más y digan *pá*, que es más breve y tan significativo como *para*.—Fieles á la ortografía con que Alfonso X escribió *onra*, no hemos admitido la anteposición de una *h*, que en esa palabra no tiene razón de ser, porque no tiene sonido alguno... Es, dicen los cultos, que debe llevar *h* en castellano, porque la lleva *honor* en latín... ¡ah! explicadme, cultos, por qué no escribís *Hespaña*, siendo así que en latín se dice *Hispania*...



ÍNDICE.

	Págs.
PRÓLOGO.....	5
LEYENDAS:	
De como frabricaron l'azú de Murcia, los moros.....	13
Poique, en la güerta é Murcia, un puebro se llama der Jabalís.....	17
Como la Virgen der Carmen se portó con la Moline- riquia.....	22
Er Castillo de Montagú y er tesoro qu' tié escondió..	27
Er Castillo der Puerto y sus tesoros, y la mora qu' abia encantá en la juenteciquia de la piná é Tizón.....	40
Como s'hizo la ruela é la Ñora, y poique saca el asno er cuerpo.....	45
CUENTOS:	
Ar que se muere lo entierran, que los que quean ya s'apañan.....	55
Er cuento del acomisionao.....	61
Er canto er cuco.....	64
La salú é la iguera, y las plagas é las biñas.....	69
¡Conformiá! que Dios sabe lo que se hace.....	72
A lo que Dios cría, no hay que buscallesu mejoría..	77
PEROLATAS Y SOFLAMAS:	
Perolata de Joaquín López á la Reina.....	81
Soflama de Joaquín López en el carnaval de 1876.....	83
— de Martínez Tornel en el de 1879.....	86
CAUSA al Emperaor é la Morisma.....	91
ULTÍLOGO.....	107
